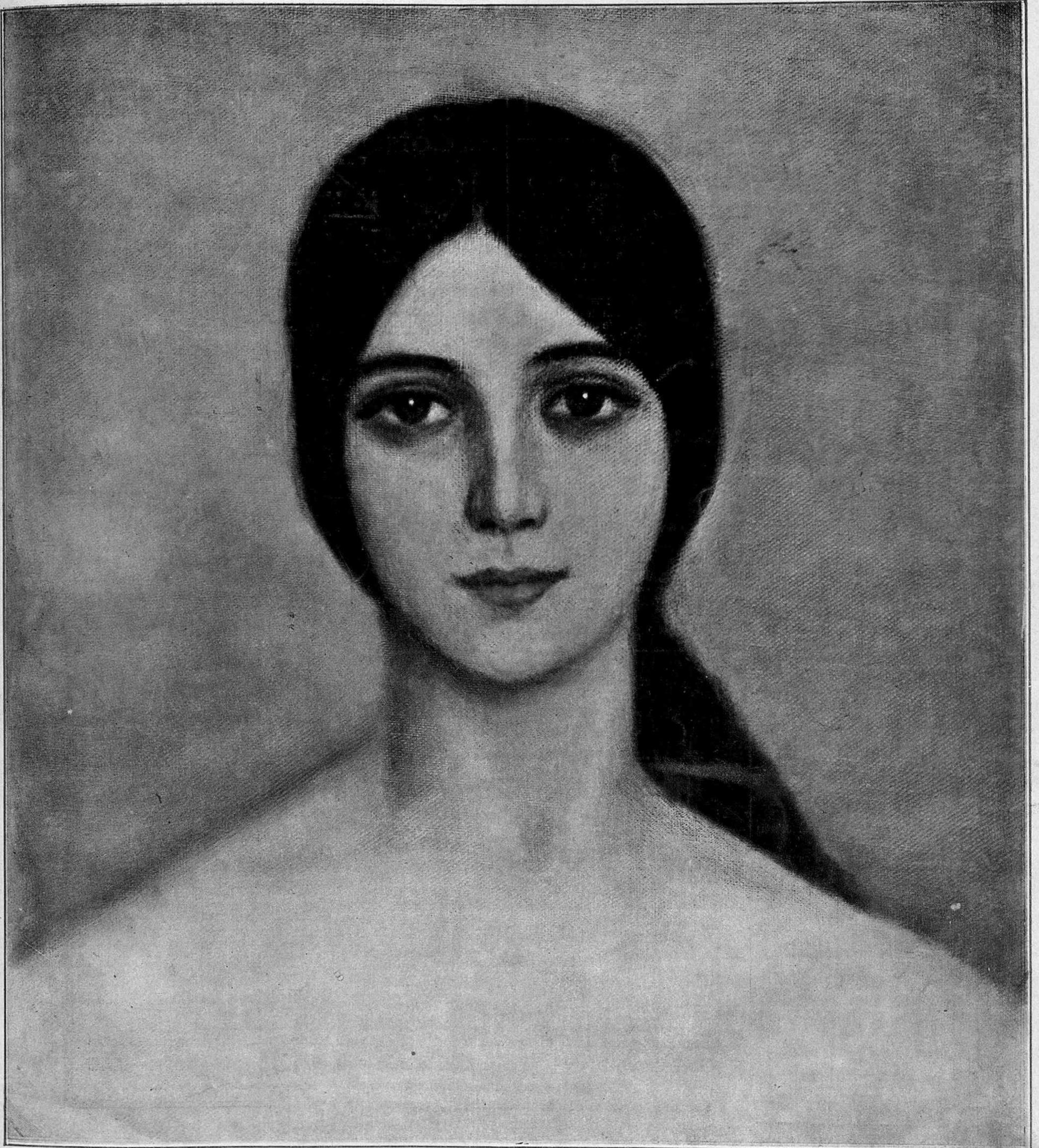


La Esfera

Año V  Núm. 259

Precio: 60 cénts.



RETRATO, cuadro de José Llasera



Manos hermosas

Vd. puede poner sus manos tan suaves como el terciopelo y tan blancas como el lirio usando

"Nieve Hazeline"

(Marca de Fábrica) ("HAZELINE" SNOW) TRADE MARK

VD. DEBE ENSAYARLA

S.P. 1511

En todas las Farmacias y Droguerías
Burroughs Wellcome y Cia., Londres
La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta. Aquellas personas cuyo cutis requiera una preparación grasienta deberían obtener la Crema "Hazeline."
All Rights Reserved

¿Cómo se construye un barco?

¿Qué es el carbón y cómo se explota una mina?

Esos y cien otros artículos sobre *Geografía, Historia, Bellas Artes, Matrimonio y Hogar, Medicina e Higiene, Ciencias, Juegos y Sports*, puede usted leerlos casi de balde, y con regalo, en el ameno e interesante *Almanaque Bailly-Baillière para 1919*. Trae, además, una completa *Guía de New York*, con grabados, que permite admirar cuanto tiene de notable la gran ciudad, y el acostumbrado *Compendio de la guerra mundial*, cuya imparcialidad reconocen los apasionados de uno y otro bando.

El *Almanaque Bailly-Baillière para 1919*, no obstante el encarecimiento de todas las cosas, continúa dando á sus compradores participación gratuita en un billete entero de la próxima Lotería de Navidad, y reparte entre ellos 1.000 décimos de 3 pesetas para la de Junio de 1919. No se puede pedir más por los antiguos precios de 1,50 pesetas en rústica, 2 en cartón y 3 en piel.

De venta en las papelerías, objetos de escritorio, bazares y librerías de España y en la Casa Editorial Bailly-Baillière, Núñez de Balboa, 21, y plaza de Santa Ana, 11, Madrid.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

ALHAJAS

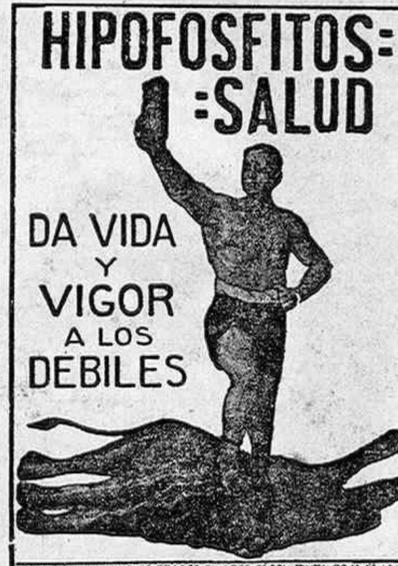
BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :-: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO y FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

Una cosa rara de la indigestión

Una cosa rara de la indigestión, y de la cual pocos están enterados, es que en noventa por ciento de los casos el dolor de estómago después de las comidas es debido á la fermentación de los alimentos y á la acidez; y esto, como cualquier médico ó farmacéutico os dirá, se remedia casi instantáneamente tomando media cucharadita de Magnesia Bisurada pura (en polvo) en un poco de agua caliente inmediatamente después de comer, ó cuandoquiera que se sienta dolor. La Magnesia Bisurada pura puede adquirirse en cualquier farmacia, en una botella de vidrio azul, al precio de pesetas 3,50; y si todos adoptásemos este simple método, pronto sería desconocida la dispepsia, estómagos agrios, gases y flatulencia.

FOTOGRAFÍA **BIEDMA** 23-Alcalá-23
: Casa de primer orden : **HAZ ASCENSOR**

ALCOHOLATO
Suaviza la piel
ALCOHOLATO
Para fricciones.
ALCOHOLATO
Perfume exquisito.
ALCOHOLATO
de Rosa, Quina, Violeta, Jazmín, Heliotropo ó Romero. Frasco, 6, 3 y 2 pesetas.
CARMEN, 10, ALCOHOLERA



DA VIDA Y VIGOR A LOS DEBILES
SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Diríjanse á esta Administración, Hemosilla, 57



Entre los muchos colores que se usaban en pintura, hoy el blanco no figura; pues las pintoras mejores usan crema PECA-CURA.
Fabr. 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, color moreno (siete matices), rosa ó blanco, 2,21.—Agua cutánea, 5,50.—Agua de Colonia, 3,25, 3, 8 y 14 pesetas, según frasco.
PEDID las lociones y esencias para el pañuelo, serie "IDEAL", perfumes: ADMIRABLE, ROSA DE JERICO, CHIPRE, GINESTA, ROSA, MATINAL, MIMOSA, ROCIO FLOR, ACACIA, VERTIGO, VIOLETA, CLAVEL, JAZMIN, MUGUET, SINIGUALLES por su finura, intensidad y persistencia. Esencia, 16 pesetas estuche; lociones, 4 y 6 pesetas, según frasco.—Últimas creaciones de Cortés Hermanos, BARCELONA.

Obras de "El Caballero Audaz"

- La virgen desnuda, novela.
- Desamor, novela.
- El breviario de Blanca Emeria, novela.
- El pozo de las pasiones, cuentos.
- De pecado en pecado, novelas cortas.
- El redimido, comedia romántica.
- El libro de los toreros, confidencias de los grandes toreros.
- San Sebastián, diario de un verineante.
- Lo que sé por mí, confesiones del siglo, 1.ª, 2.ª, 3.ª, 4.ª, 5.ª y 6.ª serie, que acaba de publicar: e.
- EN PRENSA:
7.ª y 8.ª serie de Lo que sé por mí.
- Observaciones de un espectador, críticas teatrales.
- La sin ventura, novela.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

COMPANY
FOTÓGRAFO
29, FUENCARRAL, 29

Agendas Bailly-Baillière para 1919

Agenda de Bufete

CONTIENE
Diario en blanco para anotaciones de ingresos y gastos, con importantes datos, muy necesarios en oficinas de Banca, Comercio, particulares, etc.

Cuatro ediciones económicas.
Madrid, 2,25, 3,00, 3,80 y 5,00 pesetas
Provincias, 0,50 más.
Cuatro ediciones completas.
Madrid, 3,00 4,00, 4,35 y 5,00 pesetas.
Provincias, 0,50 más

MEMORANDUM DE LA Cuenta diaria

CONTIENE
Secciones especiales para anotar visitas; señas útiles; gastos é ingresos diarios, y cuanto se necesita para llevar ordenados y sin temor a que se olviden los múltiples asuntos en que se desarrolla la vida moderna.

PRECIOS
Madrid, 3,50 y 4,00 pesetas.
Provincias, 0,50 más

Agenda Culinaria

LIBRO DE LA COMPRA que contiene 365 minutos y más de 700 recetas.
Explicación de los guisos en los menús diarios.— Agenda para anotar al día los gastos de cocina.

PRECIOS
En Madrid, 3,00 ptas.
En Provincias, 0,50 más.
CARNET ó AGENDA PERPETUA de bolsillo PARA ANOTACIONES
PRECIOS
1,25 en tela y 1,75 en piel, cortes dorados.

Agenda de Bolsillo

PARA uso de Particulares.
Precioso libro de notas, dividido por días, con interesantes datos sobre Correos, Telégrafos, Teléfonos, tranvías, carruajes, etc.
Encuadernado en tela, con bolsillo interior y porta-lápiz.

PRECIOS EN MADRID
De dos días en plana... 2,00 pts.
Con cartera piel... 5,00 »
De un día en plana... 2,50 »
Con cartera piel... 5,50 »
Provincias, 0,50 más

AGENDA Médico-quirúrgica de bolsillo

ó Memorándum terapéutico, Formulario moderno y diario de visita.
PARA 1919
CONTIENE
Diario en blanco para las anotaciones particulares.— Hojas para los trazados del pulso y temperatura.— Memorándum de terapéutica médico-quirúrgica y obstetricia.— Formulario.— Venenos y contravenenos.— Señas útiles á médicos, farmacéuticos y veterinarios, etc.

PRECIOS
Madrid... 3,00 pts.
Con cartera piel... 5,50 »
Provincias, 0,50 más

Pedidos: CASA EDITORIAL BAILLY-BAILLIÈRE, Núñez de Balboa, 21, y Plaza de Santa Ana, 11.— MADRID
Y en todas las Librerías, Papelerías y Objetos de Escritorio.

La Esfera

Año V.—Núm. 259

14 de Diciembre de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



OTOÑO EN ARANJUEZ

Acuarela original de Drudis Biada

CAMARAFOTO



DE LA VIDA QUE PASA



CHANTECLER CANTA Y ROSTAND MUERE

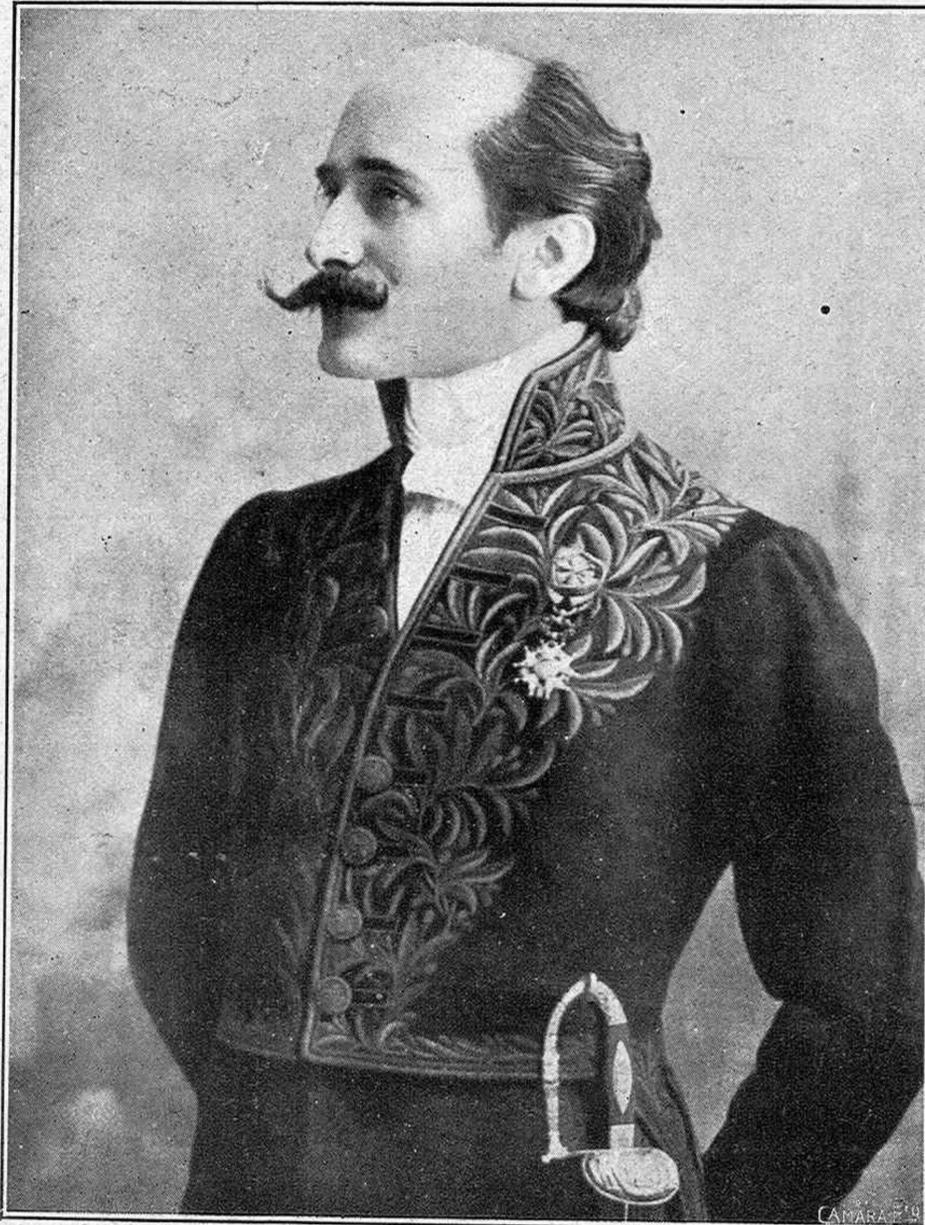
EN la radiosa alborada de un mundo nuevo, el gallo francés, altivo, triunfal, canta. Acaso tiene razón en imaginar, ahora, que surgió el sol porque su canto le hace brotar de la tierra para sobre la tierra tender su cálido beneficio. Tal vez tiene derecho a suponer que no es la claridad del día la que espanta los tenebrosos pájaros y las bestias nocturnas, sino su clarineo agudo, que fué, primero, reto; luego, dolor, y en estos días, himnaria embriaguez. Nunca estuvo de tal modo pleno de la arrogancia orgullosa de su símbolo, como en esta aurora de los mundos, después de una noche de cuatro largos años.

Tiene sangre ajena en el pico y en los certeros espolones, sangre suya en las plumas, manando todavía de mal cerradas heridas; sangra aún su cresta, y en los ojos dorados el fulgor bélico no se ha extinguido. Pero todo esto hace más glorioso su canto; y al oírle, desde la sima donde se revuelcan — desplumadas, agonizantes, los ojos vidriosos, las garras cortadas, los picos rotos —, tiemblan las águilas bicéfalas, y el enorme plantigrado blanco, el que fué amigo del gallo, bosteza de hambre y de pesadumbre.

En cambio, ¡qué jubiloso cortejo le forman al gallo francés sus aliados en la campaña de generosidad y de libertad! ¡Y qué amargo rugido el que lanza, al otro lado de los montes pirenaicos, el viejo león hispano, que tiene lacia la melena y débiles las patas y nubladas por la vergüenza sus pupilas, de noble miral!

Francia canta, y su canto promete el tranquilo espectáculo de los días luminosos, fecundados por la paz. ¡No recordáis el salto del director de escena deteniendo el telón que va a descubrir la fábula de *Chantecler*? El director decía en aquel instante con aire imperativo:

«No lo subáis aún! — Una urraca, que chilla, el vuelo ha levantado. — Se escucha un uniforme cholear de unos zuecos. — Es un corral... y sobre un valle está asentado, — porque suben canciones entre ladridos secos. — La acción se va emplazando. Nada como el sonido evoca del ambiente los rasgos esenciales. — Tintinea una esquila tenue. Ya se ha extinguido. — Puesto que ramonea una cabra, hay zarzales. — Debe de haber, sin duda, un árbol en la brisa, — puesto que un pajarillo vierte su aliento puro. — Y ya que silba un mirlo, con estudiada risa, — también habrá una jaula de mimbres, de seguro. — Ruido de carricoche, que á un viaje se prepara; — y el del cubo que asciende repleto y que chirría; — y el que hace un campesino, al sacudir su vara. — Sí, es un corral en un molino ó alquería. — Ruido que sobre paja hace uno que se acuesta... — El establo anda próximo ó la troje del grano. — ¡Cigarras? Un buen día. ¡Campanas? Día de fiesta. — ¡Dos grajos se han reído? El bosque está cercano. — ¡Chist! Teñido de ensueño, compone la Natura — de un día sosegado con el disperso acento — el más misterioso fragmento de overtura; — cuya orquesta es la tarde, la distancia y el viento.»



EDMUNDO ROSTAND
cuando se estrenó el "Chantecler"



Rosemunda Gérard y Mauricio Rostand, esposa é hijo del poeta

Es la dulce visión de la paz, de los pueblos libertados y restituidos á las labores agrícolas, á los dominicales holgorios, á los crepúsculos tranquilos y las cosechas ubérrimas. Purificado estará el aire del hedor de los muertos y del hálito químico de los asesinos. Silenciosas de disparos las azules lejanías, y en lo alto de los andamios que restauran templos, construyen granjas y levantan caídos índices rojos de fábricas, los albañiles, dentro de sus blancas ropas, cantarán coplas alegres...

Y mientras *Chantecler*, vibrante, hecho todo él un grito multicolor de victoria, una crispación espasmódica de legítimo orgullo, lanza el co-co-ri-có que señala en favor suyo el final del combate y que saluda el orto áureo, Edmundo Rostand muere calladamente en su finca de Cambo, aquella finca en la que pensaba, al decir: *C'est une chose grave que batir la maison qui desormais sera la maison familiale et ou les enfants grandiront.*

□□□

Edmundo Rostand era, desde el 28 de Diciembre de 1897 — fecha del estreno de *Cyrano de Bergerac* —, el «poeta nacional». Un poco abrumador el título y, fatalmente, demasiado hueco para que fuese tan sonoro. Dentro de él, Rostand se movía como un enanillo dentro de la armadura de un gigante.

Y, sin embargo, era un poeta de alguna fogsidad lírica, de una educación romántica depurada por el buen gusto, de una riqueza verbal muy considerable. Sin las apoteósicas exaltaciones de la Prensa periodística, la Prensa literaria no habría sido tan dura con él; sin los inconscientes ditirambos de la burguesía dorada, del *chauvinismo* fanfarrón, los escritores contemporáneos suyos habrían tenido con Rostand otra

actitud más cordialmente fraternal; sin los ostentosos reclamos de empresarios y las congestiones admirativas de los faranduleros, su teatro habría sido más humano y su poesía más pura.

Pero su renombre no habría tenido la cuedosa universalidad que tuvo, ni su vida esta melancolía del hombre que se reconoce desplazado en el éxito, entristecido de las artificiosas aclamaciones de las muchedumbres, sediento del elogio válido de aquellos á quienes admiraba, y que le saludaban fríos, corteses, ó le volvían la espalda. ¡Terrible tragedia de un hombre de talento!

Edmundo Rostand estaba asfixiado de poesía. Tenía demasiados versos en torno de su vida. Antes de que pudiera darse cuenta de ello su padre, Eugenio Rostand, se inclinaba sobre la cuna para cantar la infancia *blonde et rose* del hijo, en estrofas que luego publicó en un tomo con el título de *Sentiers Unis*.

Luego la elegida, Rosemunda Gérard, hija del mariscal Gérard, corresponde con un volumen de versos titulado *Pipeaux*, á las *Musardises* que la ofrenda el novio poeta. Y, por último, Mauricio Rostand, su primogénito, una de las figuras





Una escena del acto primero de "Chantecler", en el Teatro de la Porte-Saint-Martin, de París

lánguidas del París galante, y á quien Henri Bataille retrató en un personaje de *La Phalène*, ó que parece escapado de la escandalosa novela de Sidney Place, también compone poemas y comedias poéticas.

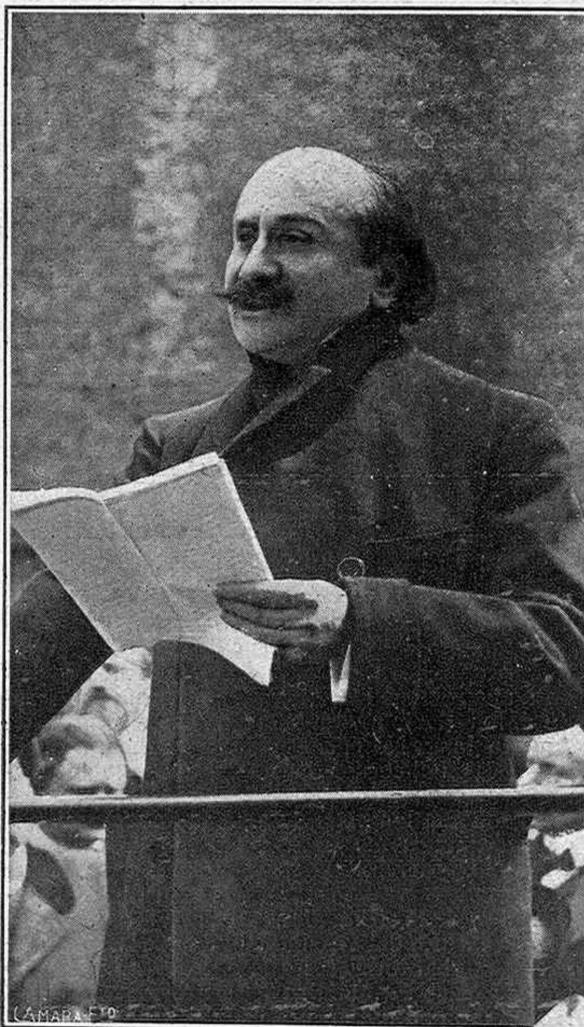
Sus pobres pulmones habían de enfermar necesariamente en este aire viciado por la literatura, que respiró desde la cuna hasta el lecho de muerte; sus pobres nervios estaban siempre tiranizados por la tensión sentimental, muy elevada. Toda su existencia fué, por lo tanto, un suicidio lírico. Su destino quedó señalado al nacer el día 1.º de Abril de 1868 en Marsella. Fijaos bien: en la Provenza luminosa y en el día vernal en que se celebra la fiesta de la Fantasía.

Colegial en el *Stanislas*, ya escribe su primera comedia, *Les Petits Extras*, que años más tarde había de estrenarse con el título de *Le gant rouge*. Poco después de licenciarse abogado, publica un *Ensayo sobre la novela sentimental y la novela naturalista*, donde pretende parangonar con Emilio Zola á un novelista tan mediocre, cuyo nombre y cuyas obras empalagosas, ridículas y cursis, no conocen más de doce personas entre todos los habitantes de las cinco partes del mundo: Honoré D'Urfé.

Pero tiene, sin embargo, este folleto el valor documental de estar en él contenido el credo literario de Edmundo Rostand: su fogosidad lírica, su ímpetu romántico; cualidades primordiales de todo el teatro del futuro «poeta nacional».

En 1890 (á los veintidós años) publica *Musardises*, su regalo de boda á Rosemunda Gérard. En 1894 estrena *Les romanesques*; en 1895, *La princesse lointaine*; en 1897, *La Samaritaine* y *Cyrano de Bergerac*; en 1900, *L'Aiglon*; en 1903 lee su discurso de ingreso en la Academia, después de luchar inútilmente dos años para que le consintieran que este discurso fuera escrito en verso. Pero, ¡ay!, que los académicos no eran todos como su padre, como su esposa, como su hijo, poetas. Bajo la *Coupole* no había el mismo ambiente familiar que en Cambo.

Por último, en Febrero de 1910, se estrena *Chantecler*. Diez años se aguarda esta obra. Se



EDMUNDO ROSTAND
pocos meses antes de su muerte

rodea su estreno de una expectación universal, que perjudica al éxito y á la debida valoración de sus indiscutibles méritos literarios.

Después, Rostand se aísla, se oculta en el recóndito silencio de su villa Arnaga. Está enfermo y desencantado. Los años se suceden, y piensa, como su *Chantecler*, que no depende la salida del sol de sus cantos, sino que es, á lo sumo, como aquella cigarra, emblema de otro poeta provenzal, á quien el sol hacía cantar.

Y de pronto, con motivo de una solemnidad cualquiera, París ve reaparecer á Rostand al aire libre, en una tarde de invierno y de lluvia. No es el Rostand buen mozo de los tiempos de *La princesa lejana* y de *La Samaritana*; no es el Rostand un poco pedante, dentro de su uniforme de académico, posando ante Reutlinger, el fotógrafo de las actrices y de las profesionales de la belleza. Es un Rostand envejecido, abrigado en su gabán de solapas levantadas, con los bigotes lacios y la trova gris.

Ante esa silueta lamentable del que fué el ídolo de París, pensamos entonces en una de las poesías de *Pipeaux*, el libro nupcial de Rosemunda Gérard: en *Les vieux*, donde hay estas estrofas apasionadas y melancólicas:

Et comme chaque jour je t'aime davantage
aujourd'hui plus qu'hier et bien moins que demain,
qu'importeront alors les rides du visage;
mon amour se fera plus grave et plus sévère.
Songe que tous les jours ces souvenirs s'entassent,
mes souvenirs à moi seront aussi les tiens,
ces communs souvenirs toujours plus nous enlacent
et sans cesse entre nous tissent d'autres liens.
C'est vrai nous serons vieux, très vieux, faiblis par l'âge
mais plus fort chaque jour, je serrerai ta main
car, vois-tu, chaque jour je t'aime davantage
aujourd'hui plus qu'hier et bien moins que demain.

Hace veintiocho años, la autora de estos versos vestía las galas de novia. Hoy, con sus lutos de viuda, tal vez se acerque temblorosa á la mesa del inolvidable y escriba la página más amarga de su vida, la primera que el amado no corregirá, mientras al otro lado de los muros Francia amanece...

JOSÉ FRANCES

LOS MODERNOS DIBUJANTES ALEMANES
PAUL RIETH



“Eva y el Amor”, cuadro de Paul Rieth

HACE mucho tiempo que no veo la revista *Jugend*, de Munich. La guerra desvirtuó el simpático carácter de estas revistas alemanas que, como *Jugend*, *Lüstige Blätter* y *Simplicissimus*, formaban antes en la vanguardia del arte decorativo y del arte humorístico contemporáneos.

Después, cuando le egolatría suicida del prusianismo imperialista lanzó á Alemania en esa trágica aventura, que tan fatal ha sido para ella, las revistas germánicas de arte y de literatura se transformaron, se contagiaron del delirio belicoso y fanfarrón que envenenaba toda la raza.

Los caricaturistas que, como Gulbranson, Heine, Karl Arnold, Erick Wilke, Heubner y Otto Flechtner, tenían un noble desenfado de libertad en sus sátiras contra los aspectos ridículos ó reaccionarios de Alemania, cambiaron radicalmente de criterio. Ya no volverían á sufrir procesos por ataques á la Corona imperial ó al doble sostén de ella, plutócrata y militarista; ya

no volvieron á ver con hilarante jocosidad la vida burguesa de Munich ó de Berlín.

En cuanto á las fantasías coloristas de los habituales colaboradores del *Jugend*, se mostrarían en un aspecto único, que antes parecía reservado á los dibujos y á los cuadros militares de Angelo Jank. No más escenas galantes, no más episodios idílicos en la calma dulce de las primaveras ó en la dorada melancolía de los otoños, con esa lánguida sentimentalidad germánica; terminaron las fantasías reveladoras de una vida feliz y frívola ó las reproducciones de los viejos maestros á quienes no se pregunta su patria para exaltar la belleza de sus obras.

Jugend fué, durante los cuatro años de guerra —en realidad todas las revistas del mundo también lo fueron—, una revista que sonaba á hierro, que olía á pólvora y sabía á sangre.

No: no leíamos el *Jugend* para conservar intacta nuestra admiración hacia los dibujantes alemanes. Aun habrá de pasar algún tiempo antes

de que purifique la normalidad á las revistas extranjeras, dotándolas de aquel limpio ambiente de pureza artística que tenían antes de la guerra. Entonces volveremos á ellas. Y, mientras tanto, hojeemos los números pretéritos.

ooo

Jugena estuvo, desde el primer momento, afiliada en las más modernas tendencias artísticas y literarias. Respondía gallardamente á la supremacía estética que tiene Munich sobre Berlín.

En sus páginas, al lado de los cuadros de los maestros de ayer, figuraban los cuadros de los maestros jóvenes de hoy. Frecuentemente se ven en ella los nombres de Leo Putz, de Fritz Erler, de Julius Díez, de Ferdinand Spiegel, de Jorge Goossens, de Otto Greiner, de Heinrich Kley, de Schmidhamer, de Gino von Finetti, de Legieth, aparte de los ya citados en un párrafo anterior.

Excelentes decoradores los unos, temibles hu-





"El tango argentino"



"El «Two-step»"

moristas los otros, ingenuos y regocijados caricaturistas los restantes; todos ellos contribuyen á darle á *Jugend* ese aire verdaderamente juvenil, de una juventud eterna, prolífica y generosa, que tuvo y volverá á tener después de la guerra.

□□□

De este grupo de colaboradores, se destaca preferentemente Paul Rieth.

Paul Rieth es un artista proteico; pinta cuadros, ilustra libros, hace caricaturas, refleja escenas de la vida en dibujos de sagaz realismo.

Y todo ello con una sutil aristocracia de la línea, con una depurada exquisitez en la elección de los acordes cromáticos, que le hace ser más latino que germano.

Ninguna de las malas cualidades germánicas se encuentran en este artista, y en cambio da á las revistas donde colabora, todo el *chic* de su educación elegantemente francesa.

Preferentemente evoca los espectáculos alegres de la vida fácil. Ambientes de frivolidad y de galante regocijo, escenas galantes entre altas damas ó altas cocotas—iguales en sus *deshabillés* de ropas y de espíritu—y jóvenes de buen tipo y de buen sastre. Restoranes nocturnos, con danzas más ó menos americanas; episodios carnavalescos después del descanso y de la cena bien rociada de vinos y licores; diversos momentos de los recreos de los desocupados en los tés invernales, en las playas de moda durante el estío, en los conciertos de la primavera, en los hipódromos y cacerías otoñales.

Pero también dibuja, á veces, escenas de una dulce melancolía para humildes intérpretes de la existencia cotidiana, ó aceradas sátiras políticas que rivalizan con las de los más implacables humoristas del *Simplicissimus*.

Si hubiéramos de buscarle un paralelo literario, lo encontraríamos en Jean Lorrain. Sin la enfermiza finalidad estética del novelista francés, porque Paul Rieth es un hombre normal, apasionado de la mujer, sus dibujos parecen dar plasticidad á los personajes, á las anécdotas, á los fondos que hay en *Monsieur de Phocas*, *Le Vice errant*, *Fards et poisons*, *Le crime des riches* y tantos otros libros en que la sensualidad es el tema preferente.

La sensualidad en los temas, en la línea y en el color, predomina sobre todas las páginas galantes de Paul Rieth. No retrocede ante ninguna audacia cromática, ni ante ningún libertinaje pasional; pero siempre sin perder la distinción, el buen gusto, el empaque señoril de su arte.

He aquí, por ejemplo, esta Colombina vestida como una loreta de Gavarni ó de Daveria que escapa con un Arlequín entre la vibrante armonía de una decoración de colores primarios como los de los bailes rusos; he aquí esta nota delicadísima, de una gama fría y estremecedora como un trémolo de violines, donde se aman unas por-

celanas vivientes; deslumbra la mirada y turba de nieblas lascivas el pensamiento esta otra página de una orgía entre sátiros de frack y bacantes medio desnudas en sus trajes de *soirée*; es casi la epilepsia cromática de un futurista este baile de Carnaval, y aquietta la visión y la sensibilidad el opuesto asunto, donde una mujer vestida de un traje azul profundo, como una noche estival, donde diera un fulgor blanco la media luna del escote, se desmaya, de verdadero amor, en los brazos de un galán rubio, mientras le rodea la calma crepuscular de una habitación, en cuya penumbra naufragan los colores, las siluetas de las cosas y se adormecen las horas. Allá va un automóvil hinchado, congestionado de carne humana—bien oliente por fuera y bien podrida por dentro—de cocotas y *noceurs*, que salen de un holgorio noctámbulo para ir en busca de otro.

Aquí una figura gentilísima de muchacha le pide al frescor puro de una mañana vernal, desde la terraza de un jardín, paz á su corazón estremecido por un primer idilio. Bajo esta mesa de *cabaret*, desde la cual un viejo, cínicamente ebrio de vino y de lujuria, lanza un báquico brindis á la multitud abigarrada, está caída de bruces, con el traje desgarrado, el rostro lívido, la boca esguinzada en una mueca trágica de agonía, de borrachera, una pobre hembra de alquiler. La hemos visto antes en ese cuadro *Eva*, donde, vestida modestamente, con una casta expresión de curiosidad en las pupilas y una reposada dulzura en la actitud, contempla sobre la mesa la figura de Cupido y las manzanas simbólicas...

Y así, á centenares, encontraríamos asuntos amorosos ó simplemente galantes en la obra total del muniqués Paul Rieth, que la muniquesa *Jugend* ha popularizado.

Son la sonrisa de una Alemania feliz antes de la guerra, harto distinta al colérico rechinar de dientes ó al hambriento bostezo de la Alemania infeliz de ahora, cuando los *junkers* de frack y los encorsetados y aristocráticos militares que vemos divertirse en las páginas de Paul Rieth están vencidos y derrotados para siempre.

SILVIO LAGO



"En las carreras de caballos"

DIBUJOS DE PAUL RIETH

FLANDES Y LA LIBERTAD DE IMPRENTA

«No hay lanza que pase—todas las armaduras, ni que tanto traspase—como las escrituras.»
(Del Rabí Sem Tob.)

«¡Abuelo, esconded la imprenta, porque llegan los tercios!»
(Estampa de 1600.)

SE nos refiere de don Illán, *el Mágico*, en *El conde Lucanor*. El libro es bello y curioso; lo comentó *Azorin*. Un sabio, lo que hoy se llama hombre de ciencia y entonces docto en humanidades, era don Illán. Supongamos que este sabio—astrólogo, alquimista; imaginadlo en la noche azul, mirando las estrellas á favor de un catalejo, ó en una cámara escondida, manipulando en vasos, balanzas, retortas, alambiques, ó descifrando pergaminos...—viviese en Toledo, allá por los años 1640, cuando regia España la católica majestad de Felipe IV y peleaban en Flandes, Francia, Italia, los tercios gloriosos.

Don Illán madrugaba. Era para él un deleite otear la vega de Toledo, los huertos y parcelas labrantías, el río, como de oro al beso del sol. Una mañana, de regreso á la ciudad, hallóse á Gilillo, convertido ahora en el seor don Gil, capitán de los tercios de España. Sorpresa, alborozo, expresivos saludos y una gustosa charla que comienza.

—¡Cuenta, cuenta!... Esa banda acredita tu comportamiento... Pero, dime, ¿qué hay por Flandes?

Don Gil ha contado entonces cosas graves de aquel país, en donde tan románticamente lucha España. Los flamencos no quieren la dominación, desobedecen los reales decretos. Mucho se ha combatido, pero ha de combatirse mucho más... Luchan los tercios por el rey, los flamencos por su libertad. Europa entera milita... Y pelean todos por la libertad de conciencia. No es conflicto de nacionalidades, sino problemas religiosos. Don Gil no entiende esas cuestiones; sabe ser valiente, como soldado, fanfarrón y bondadoso. Lances de amor y fortuna añaden flecos de oro á su banda roja y gualda. Y con graciosa insolencia acaricia la cruz de su espada, antes de que un pensamiento mariposee en su frente.

Por eso Gilillo se ha sorprendido no poco, llegando á la casa de don Illán, viendo el aposento del sabio, cómodo y austero, recogido y silencioso. Ha pensado que por algo tiene don Illán en Toledo tan misteriosa fama; si tan cortés y bueno no fuera *el Mágico*, el Santo Oficio hubiese inquirido la razón de su vida y estudios. De noble solar desciende el sabio y no hay en la casa signos heráldicos, escudos de blasón... En cambio... Pero, oíd á don Illán:

—Es terrible lo que me dices. Sois hombres de acción, y otros, los hombres que piensan, van preparando la independencia del espíritu y de los pueblos. ¿Has visto esos libros? Casi todos se han impreso por allí, al calor de la guerra

y entre la confusión de los reyes y gobernadores. Cual precioso contrabando llegan al Nuevo Mundo esos libros. Y un día, á pesar de las armadas y los tercios, Flandes como el Nuevo Mundo serán libres. Nada conseguirán las espadas, mientras «esto» subsista. «Esto» lo inventaron en Asia hace miles de años. Hace dos siglos lo dió á conocer en Europa un alemán. (Victor Hugo dijo tiempo después: «Esto» matará á «aquello».)

—¿Y qué es eso?

—Significa la libertad... Es una imprenta de mano. Los enriados del señor rey Felipe la temen. Gracias á ella se vencerá á los tercios invencibles. Y te lo digo yo, que soy español y me duele España. ¡Esta España nuestra que pudo imponer al mundo la libertad de conciencia, la responsabilidad espiritual!

Don Gil no oía á don Illán. Eran ambos símbolo de la época. Soldados de la espada y de la pluma, que nunca fueron acordes. Lo que en un libro de buena gracia y santo dolor había escrito un ingenio contando las aventuras de un ilustre manchego, el mejor de los hombres.

Un nuevo mundo habíase descubierto tiempo atrás. Es cual otro Oriente. De allí vienen las especierías, ricas maderas y joyas, pieles, rara

cerámica, metales preciosos. Españoles combaten en aquel continente, conquistan imperios, fundan ciudades. Civilizar es unir, acordar el hombre y la Naturaleza. Indios y conquistadores pelean largamente, pero de ambos nace una raza de sol y hierro.

Merced á la imprenta—difusión de la matemática, astronomía, de las cartas marinas—se descubrió América. Y aquí la paradoja: los gobernadores de España odiaban lo que significa la imprenta. De otro modo se hubiese aceptado la Reforma, evitado el odio europeo, que luego se reprodujo y aun persiste en América, y los gloriosos tercios hubiesen escrito su mejor epopeya en el imperio de Nueva España. Pero venció la imprenta. Un día, toda América se alzó en rebeldía y pidió independencia. Y gritaba: «España y—suprema ironía—por el rey.»

El Estado no es ya el rey Luis, sino M. Tout le Monde. Se pide igualdad ante la ley. Todo se debe á la imprenta, pero ¡tantos hay que no saben leer! El anhelo de verdad que sus hombres poseían queda de la Revolución. La fuerza, el imperio, se imponen. A la revolución, la represión. Dura hasta Sedán. Poco antes Rochefort—el terrible periodista—combatía á Napoleón,

desde *La Lanterne*. Rochefort se hallaba en Bruselas. En el vaciado de bustos que representaban al emperador escondía los ejemplares de *La Lanterne*. Y *La Linterna* se leía, alumbraba en París. Cuando los bustos se advertían en la frontera, los gendarmes saludaban:

—¡Vive l'empereur!
Sin saberlo, los gendarmes daban vivas á la libertad del pensamiento.

1914. Apenas los alemanes—no son ya los tercios de Alba—invadieron Bélgica, apareció un periodiquito titulado *La Libre Belgique*. Circulaba prodigiosamente. ¿Quiénes lo imprimían y redactaban? Se allanaron en Bruselas ciento ochocientos imprentas; el gobernador, von Bissing, ofreció 75.000 marcos al que delatase á los «diabólicos panfletistas». ¿Llegaría á Bélgica el valiente periódico en el vaciado de bustos que representasen á Bismarck, al emperador Guillermo; en el interior de las granadas; lo dejarían caer los audaces aviadores; cómo llegaría?... Ignoramos si *La Libre Belgique* continúa publicándose; pero todo belga quiere y lucha por la independencia de su país, como en tiempos de los Felipes de España. En Rocroy se acabaron los tercios. Fatalmente llegó otro Rocroy para que *La Libre Belgique* triunfase.

Quizá el seor capitán desenvaine otra vez su tizona; pero del laboratorio de don Illán surgirá la paz. Y así, hasta que el hombre sea ciudadano de todas las patrias: definitiva victoria de la imprenta.

Francisco DE LLORCA

BELLEZAS DEL GRAN MUNDO



DOÑA MARÍA BETHENCOURT DE VIVANCO
Reina de la Fiesta de la Raza en La Laguna (Canarias)

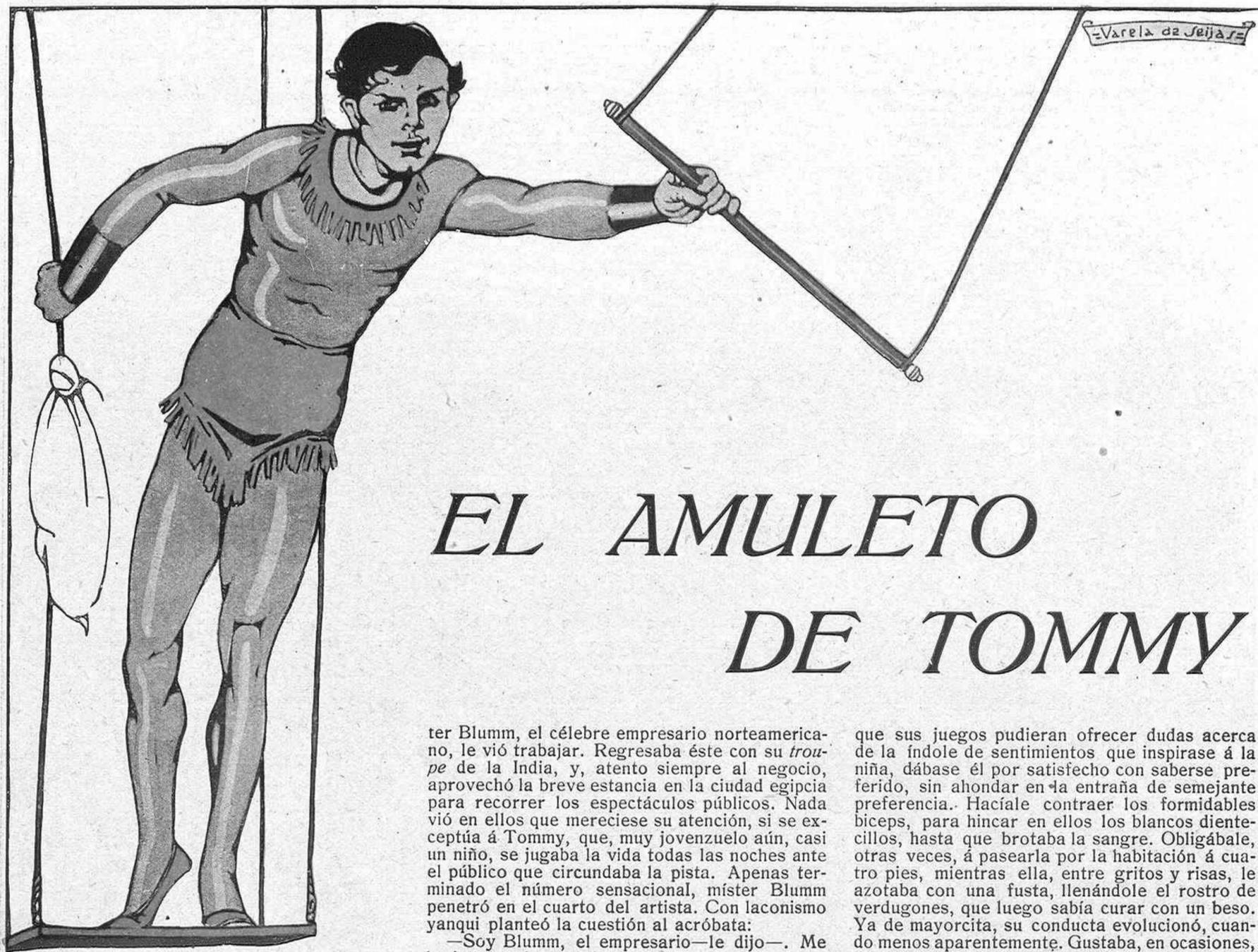
ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



PUERTA PRINCIPAL DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN PABLO DEL CAMPO, DE BARCELONA, PERTENECIENTE AL MÁS PURO ESTILO ROMÁNICO, Y CUYA CONSTRUCCIÓN SE REMONTA AL SIGLO XII

FOT. CANO BARRANCO

GENEALOGIA
BIBLIOTECA
MADRID



EL AMULETO DE TOMMY

ter Blumm, el célebre empresario norteamericano, le vió trabajar. Regresaba éste con su *troupe* de la India, y, atento siempre al negocio, aprovechó la breve estancia en la ciudad egipcia para recorrer los espectáculos públicos. Nada vió en ellos que mereciese su atención, si se exceptúa á Tommy, que, muy jovenzuelo aún, casi un niño, se jugaba la vida todas las noches ante el público que circundaba la pista. Apenas terminado el número sensacional, mister Blumm penetró en el cuarto del artista. Con laconismo yanqui planteó la cuestión al acróbata:

—Soy Blumm, el empresario—le dijo—. Me ha interesado tu trabajo.

Tommy, á duras penas, pudo balbucear:

—Gracias, señor.

—No lo digo por halagarte, sino porque á los dos pudiera convenirnos llegar á un acuerdo. ¿Cuánto ganas?

—Veinticinco francos diarios.

—Yo te doy doscientos si hacemos un contrato comprometiéndote á no trabajar en más circo que el mío durante diez años.

—Me parece bien.

—¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Ocho años transcurrieron desde entonces. Ocho años, durante los cuales mister Blumm había acrecentado sus millones, mientras Tommy amasaba su buena pacotilla. Ocho años de electrizar muchedumbres por la noche, mientras de día ejercitábase para que los músculos no perdiesen la elasticidad de goma, la flexibilidad y dureza de acero, que hacía de Tommy el acróbata ideal. Ocho años de no tener más ilusión que los aplausos, más horizonte que el circo, ni más familia que la *troupe*, capitaneada por mister Blumm, el incomparable organizador de espectáculos sensacionales. Ocho años de ver á diario á Evelyn, pensando en ella cuando no la veía, soñando con ella por las noches...

Al comienzo de la venturosa contrata, Evelyn era una niña; su padre, mister Blumm, viudo á la sazón, tan brusco para todos, parecía un juguete en manos de la encantadora criatura, cuyos caprichos eran órdenes para el opulento empresario. Pronto compartió con él Tommy el privilegio de verse sojuzgado por la nena. Jamás despota alguno fué obedecido con tan absoluta sumisión. Pero eran cadenas de flores las que sujetaban al acróbata, haciéndole concebir esperanzas que—¿quién sabe?—tal vez pudieran verse convertidas en realidades algún día.

No se trataba, en rigor, de un imposible. Por de pronto, era indudable que Evelyn, desdeñosa con todos, mostraba hacia Tommy predilección innegable. Le buscaba para jugar con él; y aun-

que sus juegos pudieran ofrecer dudas acerca de la índole de sentimientos que inspirase á la niña, dábale él por satisfecho con saberse preferido, sin ahondar en la entraña de semejante preferencia. Haciale contraer los formidables biceps, para hincar en ellos los blancos diente-cillos, hasta que brotaba la sangre. Obligábale, otras veces, á pasearla por la habitación á cuatro pies, mientras ella, entre gritos y risas, le azotaba con una fusta, llenándole el rostro de verdugones, que luego sabía curar con un beso. Ya de mayorcita, su conducta evolucionó, cuando menos aparentemente. Gustaba, en ocasiones, de humillarle en público, para luego desagraviarlo cuando se veían á solas. Y en esta urdimbre de felinos cubileteos, el corazón de Tommy fué quedando cautivo, en espera de la recompensa definitiva, que había de sobrevenir cuando Evelyn, más pronto ó más tarde, se resolviese á otorgarle su cariño y su mano.

Después de todo, ¿por qué no? Tommy confiaba ciegamente en la fuerza de su amor y, además, en la eficacia del amuleto, á cuyo influjo creía deber cuantas venturas pudieran acontecerle. ¡Su amuleto! Por nada del mundo se desprendía de él, desde que allá, en su infancia, lo halló en Nápoles, cuando bigardeaba por el muelle de Santa Lucía, en espera de algún turista que le alquilase como *cicerone*. Era el tal amuleto un *cornio* de coral, retorcido cual una interrogación, extraviado, sin duda, por cualquier *lazzarone*. Un *cornio* de coral, siempre portentoso, centuplica sus óptimas cualidades cuando el azar lo proporciona como hallazgo. Tommy, aunque inglés de nacimiento—así, por lo menos, parecía indicarlo su nombre, único dato de que podía disponer para acreditar su origen—, era napolitano de corazón. Desde el día en que vino á sus manos el amuleto, sintióse otro. Ansias de «ser algo» acometieronle, substituyendo al nirvana que hasta entonces le dominó, y que hubiera hecho de él, seguramente, un *lazzarone* más. Y esgrimiendo sus únicas armas, sus pobres armas de chicuelo del arroyo, hízose acróbata, decidido á ser el primero en su oficio, el que más aplausos conquistase, el que más dinero ganara.

Y así lo había conseguido. Culto idolátrico profesaba por ello al *cornio* maravilloso, sin advertir que no el trivial objeto, sino su férrea voluntad, encaminada á vencer, había logrado el éxito, que le colmaba de aplausos y de oro. Porque, sobrio y morigerado, con sus ribetes de calculador, lejos de malversar sus pingües haberes, iba formando un capital que le permitiría retirarse, joven aún, del peligroso y seductor oficio, para dedicarse á la vida de hogar, junto á Evelyn, cuando accediese á ser su esposa.

ANTES de comenzar su trabajo, miró hacia donde solía colocarse Evelyn, saludándola con la mirada. Allí estaba, como siempre, reclinada en el palco de la Empresa, linda y sonriente, como frágil muñequita en el escaparate de un bazar. Correspondiendo á la salutación del acróbata, ella había acentuado su sonrisa. Ya tenía Tommy el estímulo necesario para asombrar al público, derrochando artísticas temeridades. Y volviéndose á la multitud, hizo un amplio ademán de cordialidad á la masa de espectadores, que le aclamaban, viendo en él uno de sus ídolos predilectos, pródigo, cual ninguno, en sensaciones fuertes, de peligro mortal á cada instante.

En esto radicaba el éxito que seguía á Tommy, como inseparable compañero, en su caminata triunfal de un circo en otro. Nadie como él había dado el triple salto mortal á quince metros de altura, después de una serie de complicados ejercicios en el trapecio, no igualados por nadie. Los viejos reconocían que ni Blondin ni los Hanlon-Lee habían llegado á tanto. Seguro de su arte, desdeñoso de toda precaución, no sólo prescindía de la red, en previsión de un caso desdichado, sino que hacía colocar sobre la pista un tablero cuajado de enhiestas bayonetas, cuyas aguzadas puntas habrían de recibirle si el más leve descuido hiciera fallar sus músculos de acero. Pero él se encogía de hombros cuantas veces le recomendaban precaución: «La Muerte no quiere nada conmigo—decía—: por lo mismo que soy solo en el mundo y nadie habría de llorarme, estoy inmunizado para el peligro... Además, tengo tal firmeza en los movimientos, que los hago como un autómatas, y aunque quisiera trabucarlos no podría...»

Tanta temeridad, habíale conquistado universal renombre. Las Empresas se disputaban su contrata, porque sabían que llenaba el circo donde actuase, con el señuelo de una catástrofe en perspectiva. En El Cairo estaba cuando mis-

Tal vez no transcurriese hasta entonces mucho tiempo. Precisamente aquel día presentábase así, más optimista que nunca. Contra su costumbre, habíasele mostrado femenina, tierna, despojándose de aquel su continente varonil, tan peculiar en ella. Hablaban por la mañana, cerca del portón de las cuadradas, cuando pasó junto a ellos el gigantesco Yugurta, un argelino de tez bronceada, que electrizaba al público en la jaula de los leones, con ejercicios de valor temerario. Al cruzarse, el etiope miró a Evelyn, sonriendo con mueca medrosa; y la niña rubia no pudo contener un estremecimiento al ver brillar, en la negra faz del domador, la siniestra blancura de sus dientes carniceros.

—¿Qué te ha pasado?—preguntó el acróbata a Evelyn—. ¿Por qué te has estremecido?

—No sé...—repuso ella—. Ese hombre me da

—Por ti renunciaría a todo.

—¡Vamos! Que no lo voy a creer.

—Haz la prueba y te convencerás.

—Voy a pedirte mucho menos que eso que me ofreces y verás cómo me lo niegas.

—¿Qué es ello?

—Tu amuleto.

Al decirlo, sonreía felizmente. Tommy tuvo un instante de vacilación. Pero resolviéndose al punto, arrancó el *cornio* que pendía, a modo de dije, de su cadena, y entregándolo a Evelyn dijo, satisfecho de haber triunfado de sí mismo:

—Ahí lo tienes.

Halagadísima, lo recibió ella.

—Gracias, Tommy. Eres menos supersticioso de lo que yo creía.

—Es que te quiero mucho más de lo que supones.

absoluto que hubiese permitido oír el vuelo de una mosca. Tommy, en tanto, soltaba el trapecio que había de recibirle en el momento propicio.

Antes de lanzarse miró al palco de Evelyn. La niña rubia le contemplaba fijamente.

De pronto, la puerta del palco se abrió silenciosa y el gigantesco Yugurta apareció en el umbral, aproximándose con pasos felinos a la hija de Blumm, que no advertía su presencia. Olvidando su deber, Tommy seguía la escena con ansiedad inenarrable. Ya el público notaba en él algo anómalo. Comenzaron a circular por la sala rumores de disgusto: «¿Qué le ocurre?... Será que no se atreve... Esta noche parece que trabaja de mala gana...» Mientras, e negrazo feroz había abrazado a Evelyn, que forcejeaba con él, rehuyendo su contacto repulsivo..



miedo. Su mirada, su sonrisa, todo él me inspira repulsión. Sólo desde que está con nosotros he pensado en lo feliz que sería abandonando esta existencia que me fatiga y me entristece... Siempre de un lado para otro, sin un hogar, sin un rincón donde recoger el espíritu, donde encontrarse a sí propio... ¿No es verdad que debe ser muy hermosa la vida del que pueda prescindir de este ajeteo inacabable?

Los ojos de Evelyn, posados en los de Tommy, humedecíanse de ternura. El muchacho tomó entre las suyas una mano de su interlocutora, y exclamó visiblemente conmovido:

—Oyeme, Evelyn, y respóndeme con firmeza. Tu padre está viejo; un día u otro, por sus achaques ó porque la muerte lo llame, se verá precisado á dejar el negocio... Cuando ese instante llegue, ¿quieres casarte conmigo?

Evelyn le miró burlona, pugnando por reír.

—Pero, oye, ¿no te digo que deseo abandonar esta vida?

—Pues eso; para abandonarla.

—¿Ibas tú á renunciar á los aplausos, cuando el público no se harta de prodigártelos?

—Puede que sea verdad... Hablaremos de ello despacio. Por de pronto, no olvido lo que acabas de ofrecerme...

Separáronse á poco para presenciar el ensayo de un número nuevo. Los compañeros embromaron á Tommy por la falta de su amuleto, prontamente advertida por todos, ya que siempre lo llevaba en sitio tan ostensible.

—Es que se me ha extraviado—decía él, rehusando explicaciones.

—Pues ten cuidado, no te venga la mala...

Encogíase él de hombros, indiferente. Llenábase aún el alma la alegría de su conversación con Evelyn, que le hacía creerse invencible. Y así, rebotando satisfacción, había salido á trabajar, llegada la noche. Más temerario que nunca, el público no cesaba de ovacionarle. Avicinábase el instante supremo: aquel en que debía cruzar el espacio dando el triple salto mortal. Calló la música para que los espectadores concentrasen la atención en los ojos, sin amenguarla con el ritmo ramplón de la orquesta. Un siseo imperativo recorrió el amplio local. Hízose el silencio de las grandes expectativas; silencio tan

De pronto, la multitud prorrumpió en un alarido de espanto. Tommy acababa de caer des trozándose sobre la pista. Fué el suyo un salto absurdo, irracional, imposible de comprender por nadie.

Para la mayoría, se trataba, sencillamente, de un suicidio.

¿Cómo, si no, olvidarse del sitio en que estaba, arrojándose en dirección opuesta á la que requería el ejercicio? La misma Evelyn no pudo saber que por volar en su auxilio había encontrado la muerte...

Tan sólo Serapio, el «tonto», pretendía estar en el secreto. Marchando en pos de los asistencias que llevaban el cuerpo inanimado del acróbata al interior del circo, no cesaba de repetir dolorosamente:

—Tommy no quiso hacerme caso cuando se lo aseguré... La pérdida del amuleto tenía que acarrearle alguna desgracia...

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



NUESTRAS VISITAS

JULIÁN BESTEIRO



El balcón del despacho daba á una pequeña terraza, y desde ella, como desde la barquilla de un globo, se dominaban casi todas las edificaciones de la calle de Fuencarral. Encima, como una gran humareda, el cielo gris de aquel día. Y como comenzara á caer una lluvia muy cernida y fría, cesamos en nuestra contemplación y volvimos al despacho, huérfano de severidades y nada suntuoso. Más bien cuarto de un estudiante que despacho de un gran político. Sobre el *bureau* americano estaba abierto, por un discurso de D. Santiago Alba, el *Diario de las Sesiones*. Mis ojos curiosaron las paredes y se detuvieron á contemplar una pequeña fotografía de aquel maestro de sabios, encogido y plateado, que se llamó D. Francisco Giner.

—Fué mi maestro, fué mi padre espiritual, fué mi todo—exclama el Sr. Besteiro, con voz transida de entusiasmo y devoción.

—¿Entonces usted estudió en la Institución Libre de Enseñanza?

—Sí, señor; desde los diez años.

—Sus padres, ¿eran personas acomodadas?

—Mis padres eran comerciantes; pero los perdí muy joven.

—¿Y quedó usted en buena situación metálica?

—¡Pseh!—labió indeciso—. No he vivido nunca propiamente en la pobreza; pero tampoco he tenido dinero de sobra; yo pude seguirme los estudios de una carrera corta como Filosofía y Letras, que era la que más coincidía con mis aficiones, tal vez por haber estado desde niño al lado de D. Francisco Giner.

Hizo una pausa. Mientras, yo le miraba atento. Don Julián Besteiro posee una figura alta, seca, desgarbada. Su perfil es agudo, cortante y lleva el rostro pulcramente afeitado.

Su espíritu revolucionario no guarda armonía con sus apariencias serenas de hombre tímido y pusilánime. Ante su aspecto confuso de seminarista, nadie podrá pensar que este hombre es caudillo de una masa revolucionaria. Parece un sabio de laboratorio ó despacho, pero jamás un político de acción. A su mirada, demasiado reflexiva, le falta audacia; á su palabra, opaca y correcta, calor y pasión; á su gesto, dureza y arrogancia, y á sus movimientos, gallardía. Besteiro es, sobre todo, el bondadoso catedrático de Lógica.

—Y, claro, su alma se fué formando al lado de D. Francisco Giner.

—Sí, señor; él era mi mayor afecto y él influyó decisivamente en los derroteros de mi vida. Don Francisco no veía con agrado que después de haber obtenido mi cátedra me decidiera á hacer política; porque él era un hombre que miraba la política con un indomitable desdén; pero cuando vió el rumbo que yo tomaba y mis inclinaciones socialistas, creo que no le pareció tan reprochable mi camino.

—¿Cuáles fueron sus primeras oposiciones?



D. JULIAN BESTEIRO

Catedrático de Lógica fundamental, de la Universidad Central

FOT. CAMPÚA

—Mis primeras oposiciones fueron á una cátedra de Instituto de Psicología, Lógica y Ética, y obtuve el segundo lugar por el mínimum de votos; á los catorce años de esto hice oposiciones á la cátedra de Lógica fundamental que hoy desempeño, y también la obtuve por el mínimum de votos.

—En política, ¿no comenzó usted siendo republicano?

Asintió con el gesto, y agregó:

—Cuando yo ingresé en política comencé á actuar con la Unión Republicana, en vida de Salmerón. Desde luego, tenía un sentido de izquierdas y una inquietud socialista. Después fui á Alemania, y mi permanencia allí...

—¿Durante mucho tiempo?—le interrumpí.

—Dos años y medio. Pues bien: mi estancia allí me hizo conocer á fondo los problemas socialistas, y entonces me convencí que muchos de los problemas por los cuales no podía yo aceptar las doctrinas socialistas eran falsos problemas.

—¿Dónde nacieron las ideas socialistas?

—Las ideas socialistas no creo que han nacido

en Alemania, sino en Inglaterra y Francia.

—Pues Marx, ¿no era alemán?

—La personalidad de Marx, más que alemana, era internacional, por haber tenido que emigrar de Alemania. En Marx, que supo asimilarse el genio francés y el genio inglés, las doctrinas socialistas obtuvieron la más perfecta sistematización; además, me parece, que, salvo algunos detalles, sobre todo de sus teorías económicas, sus ideas fundamentales están de pie, y su método es tan certero que le ha permitido prever con una clarividencia admirable muchos acontecimientos sociales que están ocurriendo.

—¿A su vuelta de Alemania?—inquirí.

—Tenía ya formada mi conciencia socialista y había decidido ingresar en el partido. Recuerdo que mi primer paso fué una conferencia sobre Marruecos, que dí en la Casa del Pueblo, y que me valió el primer proceso y mi ingreso en la Cárcel Modelo de Madrid.

—¿Le impresionaría á usted esta primera reclusión?

—No gran cosa. Me daba ocasión para estudiar muchas horas durante el día y no se pasaba mal. Y de la cárcel salí con el tiempo justo para presentarme á las oposiciones de mi cátedra.

—¿Qué opina usted sobre el porvenir de la política socialista?

Meditó un instante; después repuso:

—La victoria de los aliados, precisamente, ha llevado mi espíritu á un estado de cierta depresión.

—¿Pues, qué, usted no era aliadófilo?

—Yo he pensado, siempre, que tenían que vencer los aliados y he contribuído para que el partido socialista adoptase postura clara. Creía, también, que España, por la situación

en que se encontraba, no podía tomar parte activa en la guerra.

—¿De qué forma?

—Con las armas. Habiendo luchado para vencer al militarismo. Claro que repito que esto lo he considerado yo imposible, pero lo hubiera deseado; porque esta me parecía á mí la guerra revolucionaria que había esperado Marx. Desechado este caso, el deber de las democracias era aprovechar la guerra, para haber hecho en España una transformación honda; por eso he dicho varias veces que nuestra trinchera estaba aquí; á ese sentido respondió la actuación mía en los comités, y éste es el sentido de la huelga de Agosto.

—¿Y qué perseguían ustedes entonces?

—Con la huelga de Agosto nosotros perseguíamos un avance en la vida política y social española, que desde luego no era la realización de nuestros ideales, pero abría el camino para ellos. Creo que si la huelga de Agosto hubiera triunfado ó si todavía triunfara su espíritu, se transformarían España, y un nuevo cauce daría

nueva vida al país. Esa actuación responde al sentido socialista.

—Perfectamente; pero todavía no me ha dicho usted por qué el triunfo de los aliados le ha producido una honda depresión.

—Esa depresión nace de ver que los acontecimientos del mundo se precipitan, marchan á una velocidad vertiginosa, mientras que España permanece quieta, sumida en un marasmo mortal, y que en el momento de esa gran alegría de la victoria no podemos participar, ni estamos preparados para soportar las consecuencias de esa victoria.

—¿Cuál es la preparación á que usted se refiere?

—Política. Democratizarse.

—Pero es, amigo Besteiro, que ustedes no hacen nada para conseguir esto.

—¿Cómo que no? Estamos haciendo una política activa para democratizar á España.

—¿En qué forma?

—Actuando en unión con los elementos que persigan los mismos fines, aunque no sean socialistas.

—Luego, entonces, ustedes los socialistas ¿están decididos á actuar en unión de los republicanos?

—Yo no puedo prejuzgar la actitud que adoptará el partido socialista, sobre todo en estos momentos en que se está celebrando un congreso general; pero mi punto de vista es que se debe actuar con los elementos de la extrema izquierda burguesa, siempre que se concrete bien en qué ha de consistir la actuación común y no

sea una unión estéril, sin una finalidad práctica.

—¿Entonces usted cree que es el momento de que triunfen los ideales republicanos?

—Me parece no solamente que pasamos por el momento, sino que este momento no pasará aunque nosotros no cumpliéramos con el deber de esta hora, por abandono ó por torpeza.

—¿Sinceramente cree usted que frente al régimen hay hombres de prestigio necesario para llevar á cabo la democratización de España?

—Creo que sí; unos que suenan y otros que no suenan. Además, la transformación del régimen no es ya una cuestión de partidos, sino una necesidad nacional, y para su realización habrá factores...

—¿A plazo corto?

—No creo que el plazo sea largo. Para que la actuación de las izquierdas no sea estéril, no hay que contentarse con ideas vagas generales, no; es preciso atacar los problemas concretos, y el primer problema que hay que resolver es el del militarismo español, pues el momento político actual se caracteriza por eso, por la destrucción del militarismo; mientras que el militarismo subsista no podremos gozar de la alegría de los pueblos libres; que una vez que ese problema esté resuelto, la democratización sería cosa fácil y no habría ninguna violencia. Nosotros somos revolucionarios, pero no sanguinarios.

—Luego usted se califica de revolucionario. Sonrió confuso.

—Yo no me atrevo á aplicarme ese dictado; pero ahí está mi hoja de servicios.

—¿Le agrada á usted ser diputado?

Contestó rápido:

—¡Ah!, no; antes creía que lo más desagradable del mundo era ser concejal; ahora veo que es ser diputado; porque aquella casa de los leones es una farsa: atmósfera envenenada, intrigas y traiciones; no hay nada organizado; pero que sea muy desagradable la diputación no quiere decir que no sea necesaria.

—¿Qué opina usted del Gobierno actual de Alemania?

—No me inspira mucha confianza, especialmente por Scheidemann, porque éste, que es un hombre de un gran valor intelectual es, ó ha sido, además, un socialista irreprochable hasta 1914; pero desde que estalló la guerra trató de justificar su actuación favorable al Gobierno alemán inventando una nueva teoría marxalista, que si la hubiese inventado antes de 1914 le hubiera valido ser expulsado de la Internacional.

—Si á usted le ofrecieran la cartera de Instrucción pública con el actual régimen, ¿la aceptaría?

—De ninguna manera; y es más, creo que ningún hombre de las izquierdas puede colaborar con la monarquía.

—Y hablando de otra cosa. ¿Guarda usted mal recuerdo de los últimos días de su último proceso y de su reclusión en Cartagena?

Se encogió de hombros.

—No; siempre creí que triunfaría la verdad, y en Cartagena estábamos muy queridos y considerados.

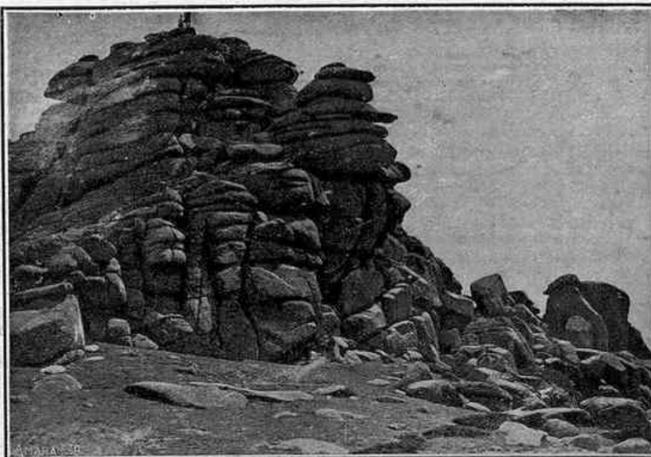
EL CABALLERO AUDAZ



D. Julián Besteiro en su despacho



FOT. CAMPÚA



El séptimo pico de la sierra del Guadarrama

En la cumbre de Siete Picos la roca triunfa. Por las faldas del monte sube un inmenso ejército de pinos ambicionando el trono de la altura.

Fuertes y vigorosas las legiones que ocupan el valle y las laderas, alientan á los que ya se acercan á la cumbre.

Pero en la cumbre la refriega es dura.

Allí los elementos enemigos multiplican sus fuerzas gigantescas. Los vientos, los hielos y los cierzos arremeten furiosos contra los pinos que van llegando á las altas regiones.

Estos héroes que forman la vanguardia tienen impreso el sello de horribles sufrimientos en sus cuerpos fatigados.

Algunos agonizan entre agudos dolores que sufren retorciéndose.

En la ladera norte una legión entera ha sucumbido.

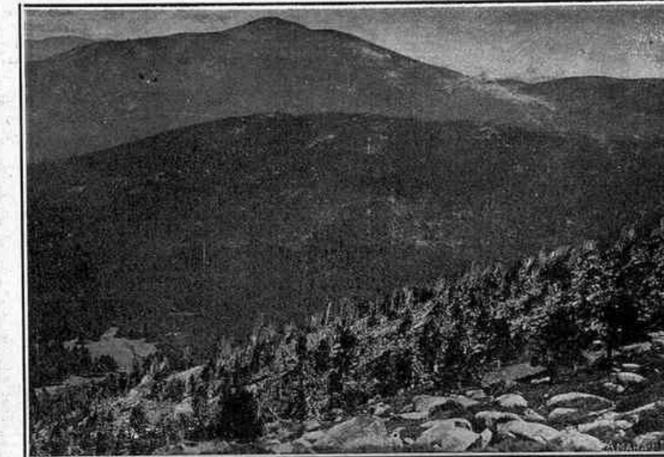
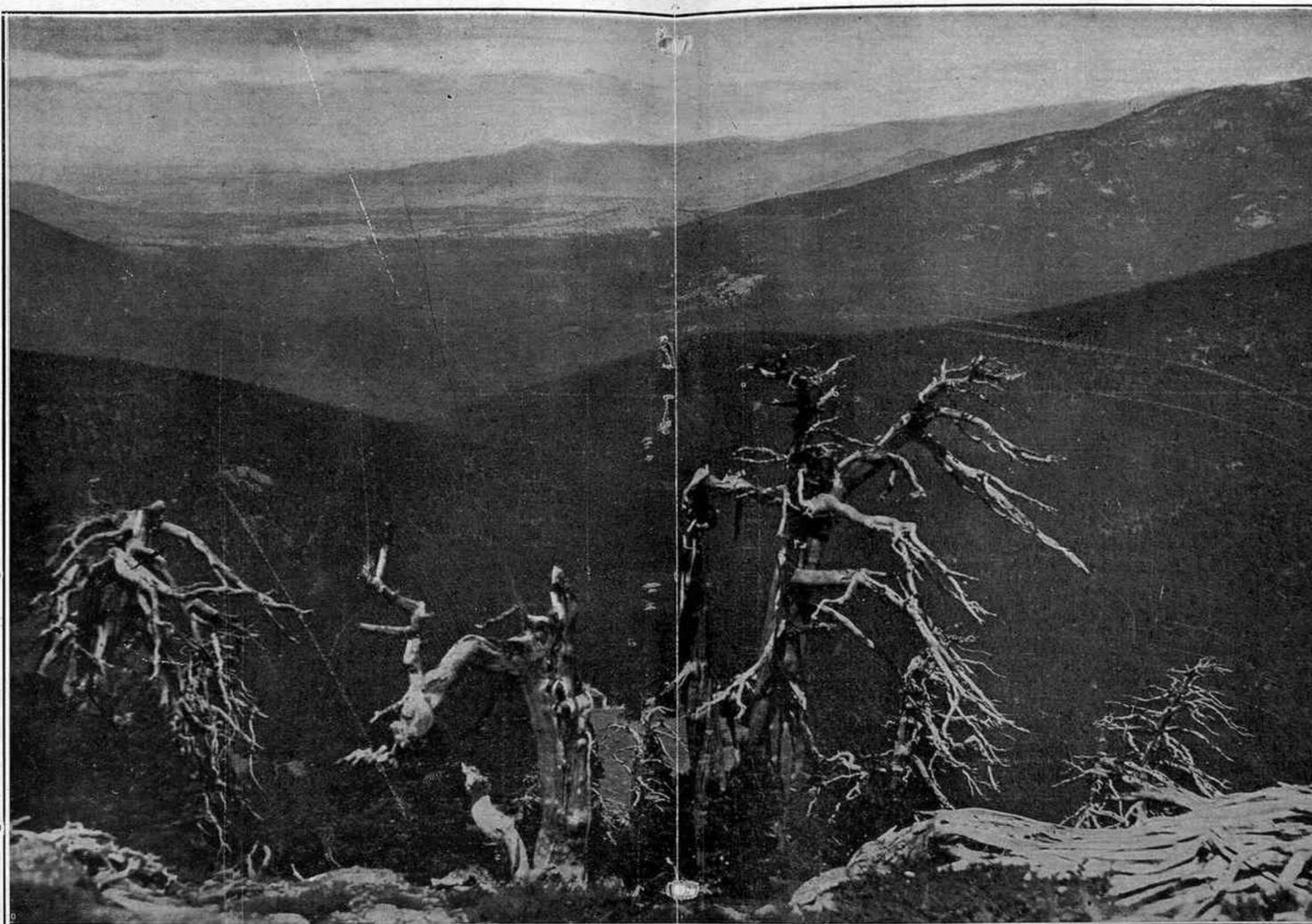
Es el Pinar muerto, espantosa visión de seres momificados que conservan las angustiosas actitudes en que la muerte les sorprendió. Brazos que se elevan convulsos hacia el cielo en demanda de auxilio; brazos caídos en desmayos mortales; cuerpos inertes que ruedan por el suelo destrozados, algunos unidos á sus hermanos en último abrazo.

¡Muertos! ¡Pobres pinos audaces! No tienen ya, como sus compañeros, la sensación de vida que les daba la savia al correr por sus venas. No sienten las caricias del Sol que doraba sus copas. No estremecen sus hojas, nerviosas y finas, el contacto de la brisa. No escuchan las leyendas que el viento les contaba: lúgubres leyendas en las noches de invierno, cantos epitalámicos en las tibias mañanas de primavera. No sirven ya de tálamo á las aves amantes que buscaban entre las ramas la dulce soledad apetecida. Para decirse amores huyen ahora las aves porque están muertos.

¡Muertos! No tienen alma.

¿Dónde fué vuestra alma? ¿El alma de los árboles que es parte del alma de los mundos?

¿Dónde fué vuestra vida? Se perdió en el Misterio.



Vista general del Pinar muerto

¡Pobre pinos audaces, heroica vanguardia que sucumbió en la lucha!
En la hora solemne de la tarde, cuando la Poesía baja á la Tierra predicando paz y concordia entre los seres, se hace una tregua en el combate y todos callan.

La Poesía, que es Verdad y es Belleza, extiende su mano señalando á la roca, cuya frente corona el Sol de oro, y su voz dulce y suave va extendiéndose por sobre los pinares que, de guerreros, se han tornado en sumisos, como fieles que meditan y oran.

Arboles ambiciosos que pretendéis arrebatar el trono de la altura á la que en ella reina: la roca excelsa. Pensad que es fuerte y grande. Se nutre en las entrañas de la tierra y bebe luz del cielo. Es honda y alta como una idea. Es superior al fuego, al trío y al huracán. Es insensible á todo; por eso triunfa. Es la amada del Sol; para ella es su primera caricia y su último beso.

Débiles seres que ambicionáis un puesto para el que os falta vigor y resistencia. Vivid vuestra vida, la vida sencilla de los árboles que sólo sienten el placer que les brindan los jugos de la tierra, la luz del cielo, el agua mansa que desciende de las nubes y el dolor de la sequía, la obscuridad y el cierzo helado.

Mirad vuestros hermanos muertos porque intentaron, insensatos, conquistar la altura. La altura es de los fuertes...

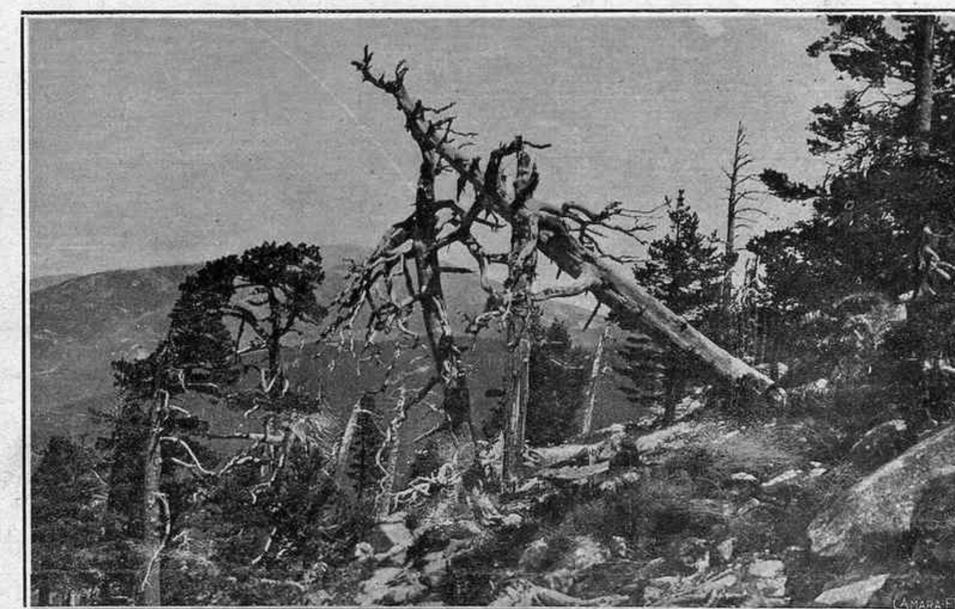
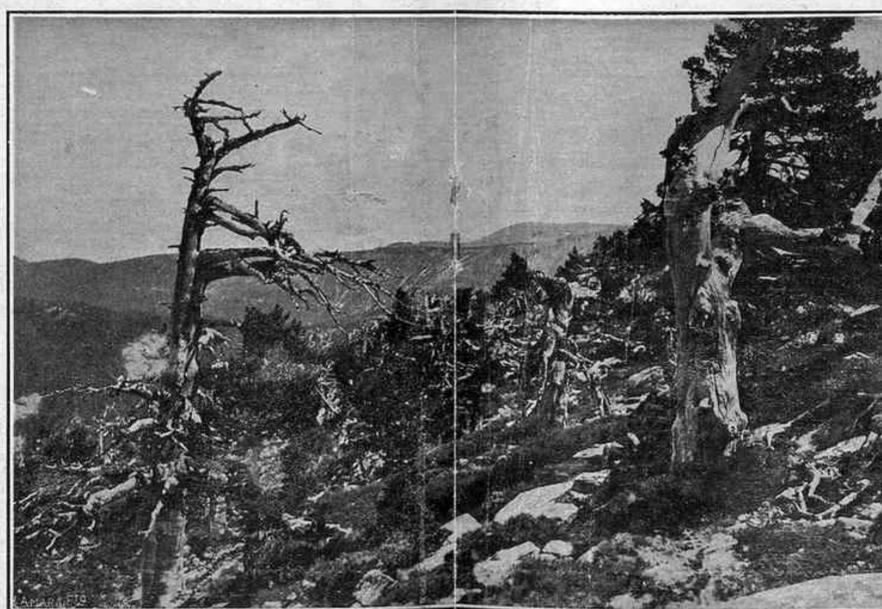
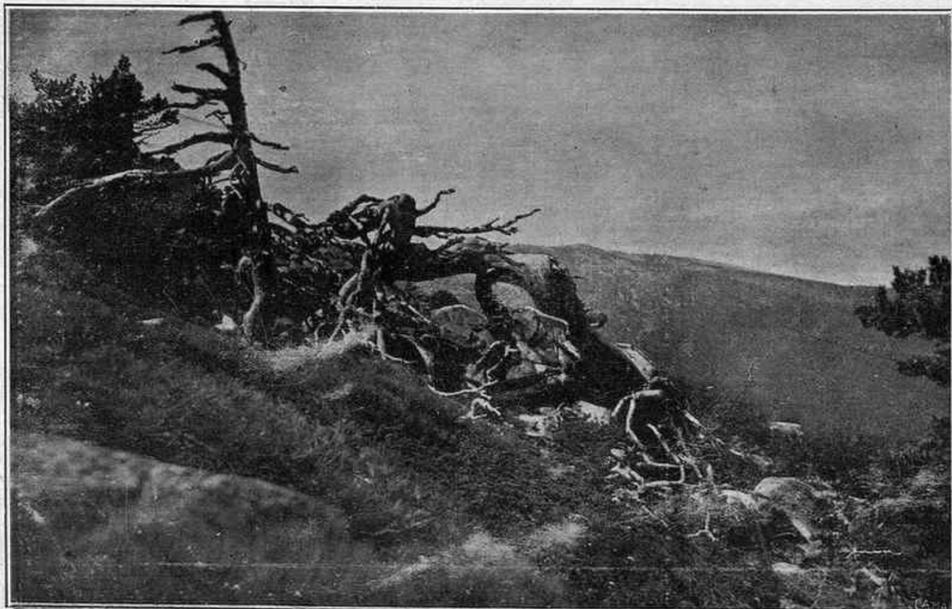
Por el cristal del cielo la luz va resbalando hasta perderse en Occidente.

Perdidos los fulgores tórnase diáfano, y, á través de él, allá en lo hondo del espacio infinito, surgen los mundos luminosos.

Los esqueletos de los pinos muertos destacan su medrosa blancura de ultratumba sobre el negro profundo de los pinos vivientes.

En la cumbre, la roca altiva, dominadora, alza su mole gigantesca que rasga el cielo y parece velar el sueño de los pinares que duermen olvidando sus lusas ambiciones.

L. ALONSO

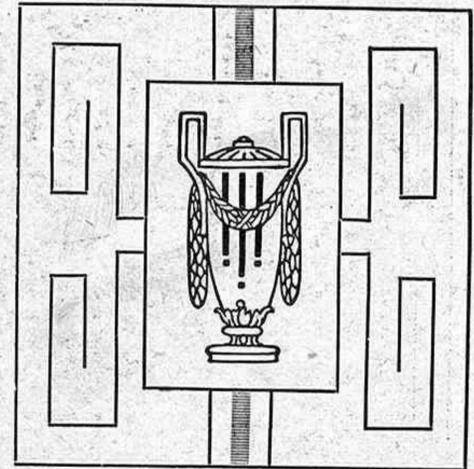
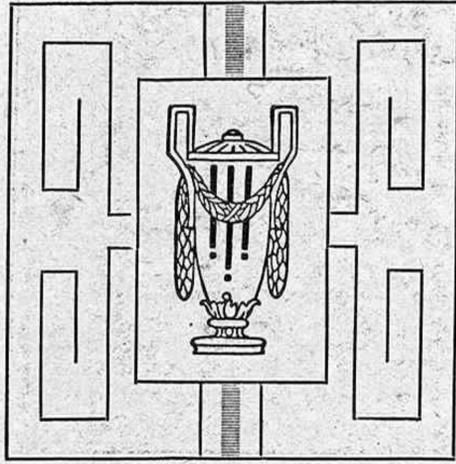


Distintos aspectos del Pinar muerto en las proximidades del séptimo pico de la sierra del Guadarrama

FOTS. ALONSO

DE LA DIVINA FRIVOLIDAD...

COQUETERÍA



UN rayo del espléndido sol que alto ya sobre el horizonte baña la fachada de la casa, halla breve resquicio en la madera grietosa de una ventana, cerrada á pesar de la hora tardía... Basta el misterio de esta habitación claustral y silenciosa—en tanto que las demás reciben torrentes de luz y de aire por sus balcones de par en par abiertos—para que, buscando satisfacción á su curiosidad, salve el destello aquel angosto paso brindado por el azar, y filtrando luego, indiscreto, al través del velo sutil de los cortinajes, cruce la estancia, ensombrecida y saturada de perfumes, estrellándose á la postre sobre el viejo cristal de una cornucopia, que inquietada en la somnolencia de su descanso rechaza al importuno... Lleno éste de júbilo al verse reflejado, emprende nueva ruta... Hierde, uno tras de otro, los pomos, diminutos frascos y caprichosos esencieros portadores del ejército de perfumes, lociones y elixires, que una mano inquieta desplegara en guerrilla sobre el mármol del tocador, confidente de complejos secretos...

Fuera vano empeño narrar los ardi-des del reflejo luminoso y su deleite al dar vida y esplendor á las esencias azules ó verdes, rosadas ú opalinas... No lo fuera menos decir sus devaneos cuando, al resbalar sobre la piedra de Carrara, encuentra en su camino un harén de joyas abandonadas por la misma y caprichosa voluntad que rige los destinos de aquel mundo... Perlas, rosas y esmeraldas, todas las piedras que adormecidas sorprende el libertino han de ceder á su caricia... Luego, reflejado de nuevo por el espejo del tocador, el destello se lanza en busca de otras y felices ocurrencias, y tras rápido vuelo y brevísima nostalgia de su ventura con las perlas, detiene su imperceptible aleteo sobre el lecho en el cual, ignorante de los desmanes que á su lado comete el audaz, duerme la señora de aquella mansión de sombras, perfumes y misterios... una mujer...

Deslízase el aventurero sobre las ropas que agitó el desorden de la noche, y á dar va en la cabellera que cubre la almohada con el esplendor





de sus olas de oro... Desciende el reflejo al ascender, allá en el firmamento, el astro que le envía, é imprime sobre los cerrados párpados de la hermosa tan ardiente beso, que, roto el hilo del ensueño, abre «Ella» los ojos, torna á cerrarlos ante la impertinencia de la luz y, despierta ya, rechaza todas las ropas con pronto ademán del brazo izquierdo, apoya el cuerpo sobre el derecho y pónese de un salto en pie sobre la alfombra...

... Va la dama de todos los encantos hacia la ventana, desliza una de sus manos por entre las cortinas y abre paso al día, que la envuelve toda, transparentando la batista que la cubre y encendiendo en los despeinados cabellos una hoguera que es fuego sobre nieve...

«Ella» cubre con las manos sus pupilas y sonríe, en adorable despezarse... Luego, en pie sobre el baño, erguida y desnuda, se estremece al sentir correr sobre su cuerpo el agua aromatizada y fría que á chorros brota de la esponja...

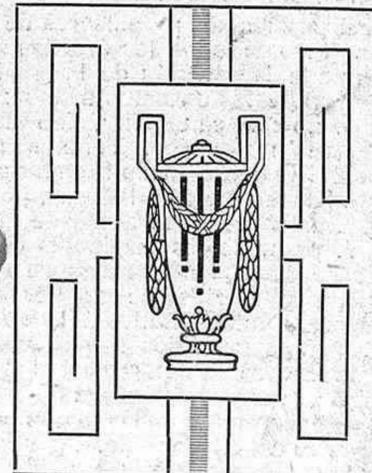
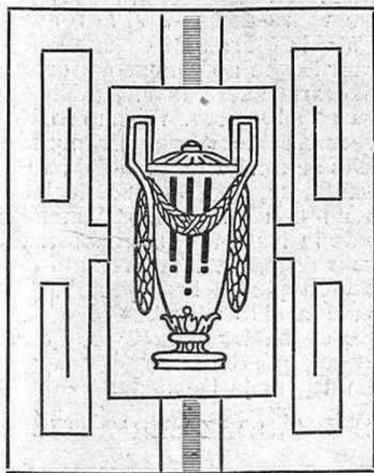
Ante el espejo, en estudio y en perfección de la propia belle-

za, «Ella» vive la hora de la compleja coquetería... Es el trazo de *crayon*, que ensombrece las ojeras... Es el toque de *khol*, que presta fulgor á los ojos... Es el carmín del *raisin*, que pone sangre en los labios... Es, en fin, el *doigt de poudre*, sin el cual sería la obra de la frivolidad como flor sin aroma y como fruta sin sabor...

Hora de la compleja coquetería...—¡Hora perdida!—claman los espíritus severos...—¡Hora excelsa!—dicen los espíritus *si-glo diez y ocho*...

¡Hora excelsa, en verdad!... Y ¿cómo no?... Los jardines de Versalles son más bellos que el bosque de Fontainebleau... Una mujer compuesta produce una emoción estética que no acertará nunca á despertar una mujer que ignore toda coquetería, por bella que esa mujer sea... Y como lo mejor de la vida no es más que reflejo de ilusión, tan necio como preocuparse de que el cielo no es azul, es el pararientes en que á la fiebre pasional de unos bellos ojos amados hayan contribuido el *crayon* y el *khol*...

ANTONIO G. DE LINARES



INMORTALIDAD



ERA uno de los primeros días del siglo XXI. Paseábase Su Santidad á pie por los jardines del Vaticano. De vez en cuando se detenía para leer en un libro.

La blanca figura del Papa se destacaba sobre el fondo morado que la luz decadente del sol postrero ponía, como un matiz, en las verdes alamedas. En lo alto azuleaba ya el cielo con más intensidad en las partes alejadas del sol, mientras en derredor del astro fugitivo tejían las nubes un lecho de gasas de oro, de grana y de esmeralda.

Alzó la vista el Pontífice para contemplar la magnificencia de aquel alarde de belleza suprema. Un rayo de luz, tamizado por las nubes, vino á reposar sobre la arena del paseo, arrancándole fulgores diamantinos.

Entonces Su Santidad cayó de rodillas y, elevando los brazos, quedó inmóvil, como bajo el efecto de una sugestión hipnática.

Los sacerdotes que de lejos seguían al Soberano Pontífice, se detuvieron un instante, respetuosos; pero, de pronto, sobrecogiósese un temblor intenso, reflejóse el asombro en sus ojos y hundieron las rodillas en el suelo, murmurando una oración.

El representante de Dios en la tierra conversaba con Dios.

Cuando el rayo de luz se evaporó en el espacio, alzóse el Pontífice, hizo la señal de la cruz sobre su rostro, bendijo los cuatro puntos cardinales de la tierra, y pálido, vacilante, presa de una emoción intensa, se encaminó al Vaticano. Luego, sin hablar con nadie, encerróse en su oratorio y pasó la noche orando. Pocos días después, en todos los templos del mundo, los mismos arzobispos y obispos en las catedrales y los párrocos en sus iglesias, leían, ante la muchedumbre en ellas congregada, un extraño documento, en que Su Santidad, como portavoz de la palabra divina, anunciaba que Dios concedía al género humano una nueva gracia para su redención. Su bondad infinita le había inspirado el propósito de inmortalizar á cuantos merecieran premio por sus extraordinarias acciones en el ejercicio del bien. Los bienhechores de la Humanidad, tanto en las artes como en las ciencias y la industria, cuantos de algún modo contribuyesen á la elevación de los entendimientos y de las conciencias, cuantos realizaran actos propulsores de la moral y del progreso en todos los órdenes de la vida, recibirían la imbricación de la gracia, participando de uno de los atributos divinos: el de ser eternos, no sólo en espíritu, sino también en su encarnación presente. Terminaba el documento pontificio demandando fe en las palabras de Dios y solemnes fiestas religiosas, para demostrar la gratitud de todos al Señor de la Creación.

A pesar de las inspiradas exhortaciones del Padre Santo, los que siempre se calificaron de «espíritus fuertes», se excedieron en su rebeldía, negando valor positivo á la nueva revelación. Los creyentes tibios la pusieron en duda. Los más fervorosos notaron en el documento pontificio un rasgo de habilidad para contener la creciente desertión de las masas en las mermadas huestes del cristianismo.

Sin embargo, algunos, muy pocos, prestaron

acogida en su corazón á los preceptos del sucesor de San Pedro y pusieron su voluntad y su inteligencia en la prueba que se les exigía. El esfuerzo de aquellos pocos fué moviendo otras energías y despertando otras actividades. Y surgieron los genios y aparecieron los superhombres, á manera de casta escogida, y por bondad de corazón, pureza de costumbres y mentalidad suprema, señorearon las razas.

La luz que esplendía en las cumbres era lentamente absorbida por los valles, en donde las perpetuas tinieblas no dejaban retoñar las flores. Pero llegó el momento en que se hizo día en las conciencias, y entonces comenzaron á vislumbrar el poder de la fuerza, oculta hasta entonces en el fondo del sér humano. Desde ese punto, se inició la evolución con anhelantes aspiraciones. El éxito fué el acicate impulsor de las energías. Las ondas luminosas vibraban sobre la superficie de la tierra á modo de nuevo ambiente que correspondiera á una Humanidad nueva.

Los indiferentes, los incrédulos, los perezosos, arrojaron la carga que les impedía caminar por los espacios abiertos á las nobles ambiciones y emprendieron también la lucha por la conquista del ideal.

¡No morir! ¡La pesadilla eterna del hombre podía quedar desvanecida por la virtud de la voluntad y de la fe en el propio esfuerzo!

La emulación hacía prodigios. Nadie se consideraba nunca en posesión de la victoria.

«Más y siempre más» eran las frases estimulantes de los combatientes que pretendían superarse en la liza para conseguir la inmortalidad.

En un principio, la lucha fué feroz, una lucha inane de exterminio individual.

Después, cuando todos se convencieron de que la muerte los castigaba por su incontinencia, se moderaron en la fiebre de sus ansias, y el imperio de la serenidad impuso normas á los actos.

El milagro estaba hecho. La libertad, la igualdad, la fraternidad y la justicia, que un tiempo constituyeran emblemas de aspiraciones inasequibles, eran los cimientos sólidos de la vida social.

Para el hombre no hubo ya secretos en cuanto le rodeaba. El misterio de las cosas se descubrió á sus investigaciones.

A pesar de ello, continuó gritando: «Más y siempre más.» Había dominado la muerte. Había inyectado más vida á la vida. Le era necesario mayor premio á sus afanes... Pero una línea infinita le marcaba, como horizonte inabordable, el límite de su potencia inquisitiva. Sobre esa línea, Dios había escrito: «De aquí no pasarás.»

Y el hombre, soberbio, se rebeló contra la divina sentencia, redoblando sus energías por descubrir el arcano. La rudeza de los esfuerzos fué debilitando su espíritu y su cuerpo.

El superhombre degeneró en hombre y el hombre volvió á hacerse niño.

«Vivir y siempre vivir—decía—. ¿Para qué? ¿Con qué fin?... La vida eterna no es una solución. Quiero conocer lo que no conozco, y cuando lo conociera desearía saber más. ¿Existe la satisfacción de los anhelos? No. Y como lo imposible se me ofrece cual un dique infranqueable y la vida terrena se me ha revelado en forma de lucha incesante, yo, hombre, me declaro vencido, y como un don venturoso demando la paz en el seno de la Naturaleza, transformadora de todas las substancias. Tal vez allí encuentre la satisfacción que en la especie á que ahora pertenezco me ha sido negada.»

Cuando concluyó de hablar el hombre, oyóse una voz en las alturas, que decía:

«No hay redención para la Humanidad.»

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ

DIBUJO DE ECHEA

DE LA VIDA INQUIETA
EL "SIN IGUAL"



Vista parcial de la antigua Guatemala, viéndose el "Sin Igual" al fondo

HEMOS trepado al pequeño cerro del Mauchén en la serenidad rutilante, todo plata y añil, de una templada mañana de sol. Ni una pizca de viento. Callan los insectos encelados y los pájaros; de los árboles, las hojas inmóviles callan también, y su silencio recuerda la melancolía y el divino lirismo de una oración. Un suspiro amargo nos sube á los labios. ¡Extraña congoja!... Suspiramos por lo que fué y no vimos, por cuanto ha de ser y tampoco veremos...

A nuestros pies la antigua Guatemala, la histórica capital, hoy casi desierta, duerme el sueño, varias veces centenario, de sus recuerdos; un reposo y un dolor de museo invaden sus calles solitarias, rectas, abiertas entre construcciones de planta baja, casas pobres y humildes, como arrodilladas. Castigada obstinadamente por implacables terremotos, la ciudad torturada parece suplicar clemencia á la tierra cruel, no sometida aún á los conquistadores, y hay en ella tal que un miedo á vivir. Este pesimismo es un contagio; lo recibe, en herencia, de sus ruinas gloriosas: son los robustos paredones ennegrecidos, y las bóvedas medio rotas, y los solemnes patios claustales, obstruidos por la maleza, de San Francisco, de La Recolectión, de la catedral, de San Agustín, de Santa Rosa, de la Candalaria, de la iglesia de Belén, de la de Santa Clara y de otros muchos palacios y conventos, lo que satura de nostalgia la vieja ex metrópoli.

Es un aroma de renunciamento, un *De profundis*, sin palabras, que cautelosamente gana el ánimo de los antigüeños y les sumerge en una honda paz triste.

«Aprended de nosotros—parecen decirles los enormes muros carcomidos—que fuimos más fuertes que vosotros y ya no somos nada...»

Y así, sobre la ciudad actual, el pasado vierte, día tras día, sigiloso, su rocío de dolor.

Al fondo, lejos, entre la quietud verde del valle Panchoy—nombre que en el antiguo dialecto cachiuel significa «laguna seca»—y el clarísimo azul celeste, se curvan las moles gigantes de los volcanes de Acatenango y de Fuego, y junto á ellos el volcán de Agua, al que los indios precolombianos denominaron poéticamente «El Solitario» (*Zahol-Huyú*) y también «Sin Igual».

¡Con cuánta razón!...

Nunca los ojos de ningún viajero admiraron otro monte tan bello. Alto, de más 3.700 metros, sus laderas dibujan un cono perfecto, un seno de absoluto equilibrio, de suprema armonía, de inefable y religiosa serenidad. Haciéndolo á compás, la mano ducha de un geómetra no lo hubiese trazado mejor. ¡Oh, la imaginación pintoresca y exacta siempre de los primitivos! ¡El «Sin Igual»!... Pero, ¿cómo llamarlo de otro modo, si es único por su majestad y por su gracia?...

El «Sin Igual» ofrece tres gestos distintos admirables, tres expresiones radicales de fascinante emoción: cuando yergue su enormidad cerúlea sobre la palidez azul de la tarde, es un héroe ó un poeta lírico magnífico; su personalidad ocupa el horizonte; no hay nada fuera de él. Si su cresta se pierde tras un nubarrón inmenso, semejante á la humareda de algún incendio colosal, entonces adquiere el enigma de un taumaturgo ó de un viejo dios. Finalmente, si se reboza en una franja blanca de nubes, ligera como un boa de plumas, por encima de la cual la cúspide asoma, tendrá una expresión de mujer.

El volcán atrae; no es posible contemplarlo sin que los ojos, primero, y luego el corazón y los pies, nos arrastren á él...

Ha transcurrido el día, que empleamos en visitar algunas ruinas. Dan las siete de la tarde cuando nos sentamos á cenar en una enflorada

galería del Hotel Mauchén. Somos cuatro: Pepe Márquez, mi secretario; D. Federico Coloma, un español que tuvo la gentileza de abandonar sus asuntos en Guatemala para acompañarme en esta excursión, y un estudiante salvadoreño, que también quiso sumarse á la partida. Se llama Salvador Escalón; tiene veinte años; es de color macilento, alto, flaco, inteligente y callado; pero lo poco que dice es siempre con oportunidad y discreción; en su rostro, casi lampiño todavía, brillan los cristales de unos espejuelos.

Alrededor de la mesa voltigea, sirviéndonos de comer, y á veces brinda á nuestra salud, don Gabino Alonso, el dueño del hotel; es un español de nariz larga y ojos ladinos, que fué soldado y ejerció diversos oficios, hasta dar en este de hospedero.

—Pero... ¿de verdad está usted bien resuelto á subir mañana al volcán?—interroga D. Gabino.

Hago un gesto de asentimiento parsimonioso, seguro, que bien claramente expresa lo inexorable de mi decisión.

—¡No seré yo quien le acompañe!—exclama él.

—Ni hace falta—mascullo desabridamente.

Desde que llegué á Guatemala—y va para mes y medio—no hay guatemalteco que, después de celebrarme las bellezas innúmeras del volcán, no termine su jaculatoria aconsejándome «no subir», ó, al menos, no intentar la ascensión sin adoptar previamente varias precauciones. Y ahora, al mismo pie de la montaña sirena, ya cuando es casi imposible retroceder, D. Gabino llega á repetirme lo que todos me han dicho. Le miro con displicencia, con rabia.

Alguien le pregunta:

—¿Tan difícil es el viaje?

—De lo más molesto—responde—; en primer lugar, la subida á la cumbre deben realizarla ustedes de noche, si quieren asistir desde allí al

orto del sol. En tal caso, necesitan salir de aquí mañana por la tarde, en diligencia, para el pueblo de Santa María, ¡qué digo pueblo!..., cuatro casas y una ermita mal agarradas a la falda del volcán. En Santa María descansarán hasta la una de la madrugada, y a esa hora echarán monte arriba.

Salvador Escalón, cuyos espejuelos parecen súbitamente iluminados con las fosforescencias de la curiosidad, desea informarse de si en Santa María hallaremos camas.

—¿Camas?—interrumpe D. Gabino triunfante—. ¡Usted sueña! Ni camas ni habitaciones; si quieren dormir tendrán que hacerlo al aire libre, y en algún soportal.

—¿Hay buenos guías?—pregunto.

Alonso mueve la cabeza a uno y otro lado, escéptico.

—¡Pseh!... ¿Quién sabe eso? No hay indio que, con el afán de ganarse una propina, no jure conocer la montaña; pero luego, a medio camino, le dice a usted: «Patroncito, yo no sé más»... y le deja plantado.

—¿Y las caballerías?

—Tampoco son seguras. Para esa clase de ascensiones precisan animales muy fuertes de manos y que sepan de memoria la ruta. La veredita es angostísima, y la menor desviación bastaría a precipitarle a usted en el abismo.

La perspectiva de morir despedazado así, de noche y entre breñas, me empavorece un poco, y para que el hostelero no se percate de mi desmayo, lentamente me lleno hasta los bordes mi vaso de vino. Don Gabino, en efecto, no advierte mi flaqueza; prueba de ello que, para alarmar mi prudencia, comienza a hablar del frío y de la rarificación del aire, que hacen apenas posible la vida en el cráter del volcán; son muchos los viajeros que, no pudiendo resistir una tan considerable depresión atmosférica, sangraron por los oídos ó la nariz. También recuerda el fin de ciertos turistas alemanes, acuchillados en el Volcán de Fuego por unos indios bruños; la historia del Volcán de Fuego podía repetirse con el Volcán de Agua. Don Gabino se exalta; a D. Gabino le han asegurado que en el «Sin Igual» hay tigres, nietos de aquellos que vió el reverendo Pedro Betancourt; D. Gabino me aconseja proveerme de perlas de éter y de unas tabletas de aspirina.

—Sobre todo—concluye—si padece usted del corazón, no intente subir...

Se lanza a reseñar la trágica historia de una señora—Fernanda Berger de Vasseaux—que era cardíaca, y al pisar la cima del volcán cayó al suelo muerta. Un gesto mío interrumpe a D. Gabino en medio de su lamentable folletín.

—¡Basta, Sr. Alonso—exclamo—; todo cuanto imagine usted para torcer mi empeño, será inútil; yo mañana subiré al volcán, aunque sepa que en el cráter está aguardándome la sepultura.

Estas palabras, altamente dramáticas, tienen la virtud de deslumbrar a D. Gabino, cuyos ojos, pícaros un instante, se llenan de asombro y reverencia hacia mí. Una pausa. En el silencio de estupor que ha producido mi heroísmo, D. Federico Coloma, Márquez y Escalón, imitándome, se han puesto de pie.

Al siguiente día, al subir á la diligencia que viene á recogerlos, Márquez se declara enfermo y no nos acompaña. Don Federico tampoco demuestra hallarse bien de salud, y el viaje es menos alegre de lo que mi optimismo se prometía. El carricoche rueda con grave estrépito sobre las calles mal pavimentadas; las gentes nos miran con curiosidad, con asombro.

«Esos van al volcán»—piensan. Y en aquellos ojos, en los que hay como una amargura de despedida, leo la ratificación silenciosa de cuantos males nos han vaticinado. A mi lado, agujereando la penumbra del vehículo, que trepida sin cesar entre nubes densísimas de polvo; los redondos espejuelos de Salvador Escalón vigilan impertinentes, semejantes á dos pupilas de maleficio. Salimos de la ciudad, dejamos atrás el río

tigua, nos ha recomendado por teléfono, nos dice que si hemos de dormir las cinco horas que faltan aún para la de la partida, pondrá á nuestro servicio dos colchones y una mesa. Aceptamos. Empiezo á convencerme de que el señor Alonso ha exagerado: él nos anunció que nos quedaríamos sin comer, y estamos comiendo; él nos aseguró que pasaríamos la noche al raso, y no sólo nos hallamos bajo techado, sino que disponemos de una mesa y dos colchones... La cena, sin embargo, carece de alegría; hablamos poco, y los vasos de cerveza se apuran en silencio; el buen humor se ha ido. En Escalón, alto, flaco y vestido de negro, pálido y mudo tras los cristales de sus espejuelos, hay una inquietud; su gesto es el del hombre que espía un ruido en la noche. Don Federico Coloma, de cuando en cuando, suspira y hace con los labios un mohín amargo.

—¿Le duele á usted el estómago?—le pregunto.

—Sí—murmura.

Y retira su plato, significándonos que no comerá más.

Terminada la cena, nos jugamos á «cara ó cruz», con una moneda lanzada al aire, el sitio donde cada cual ha de dormir. A Escalón y á mí nos corresponden en suerte los colchones; D. Federico descansará en la tabla durísima de la mesa. ¡Evidentemente, el pobre D. Federico tiene el santo de espaldas!

Transcurren quince, veinte minutos; hemos apagado la luz, pero nadie duerme; en la doble negación de la obscuridad y del silencio, nuestros sentidos hiperesuestados acechan un peligro. ¿Cuál?... De improviso, las paredes vibran; gimen las vigas, la puerta, el techo; bajo nosotros y á nuestro alrededor, durante varios segundos todo se ha estremecido; fué como un calofrío de la Tierra; como si la madre Tierra hubiese suspirado.

—¿Sintieron ustedes?—exclama Escalón.

—Sí—responde don Federico.

Y yo repito:

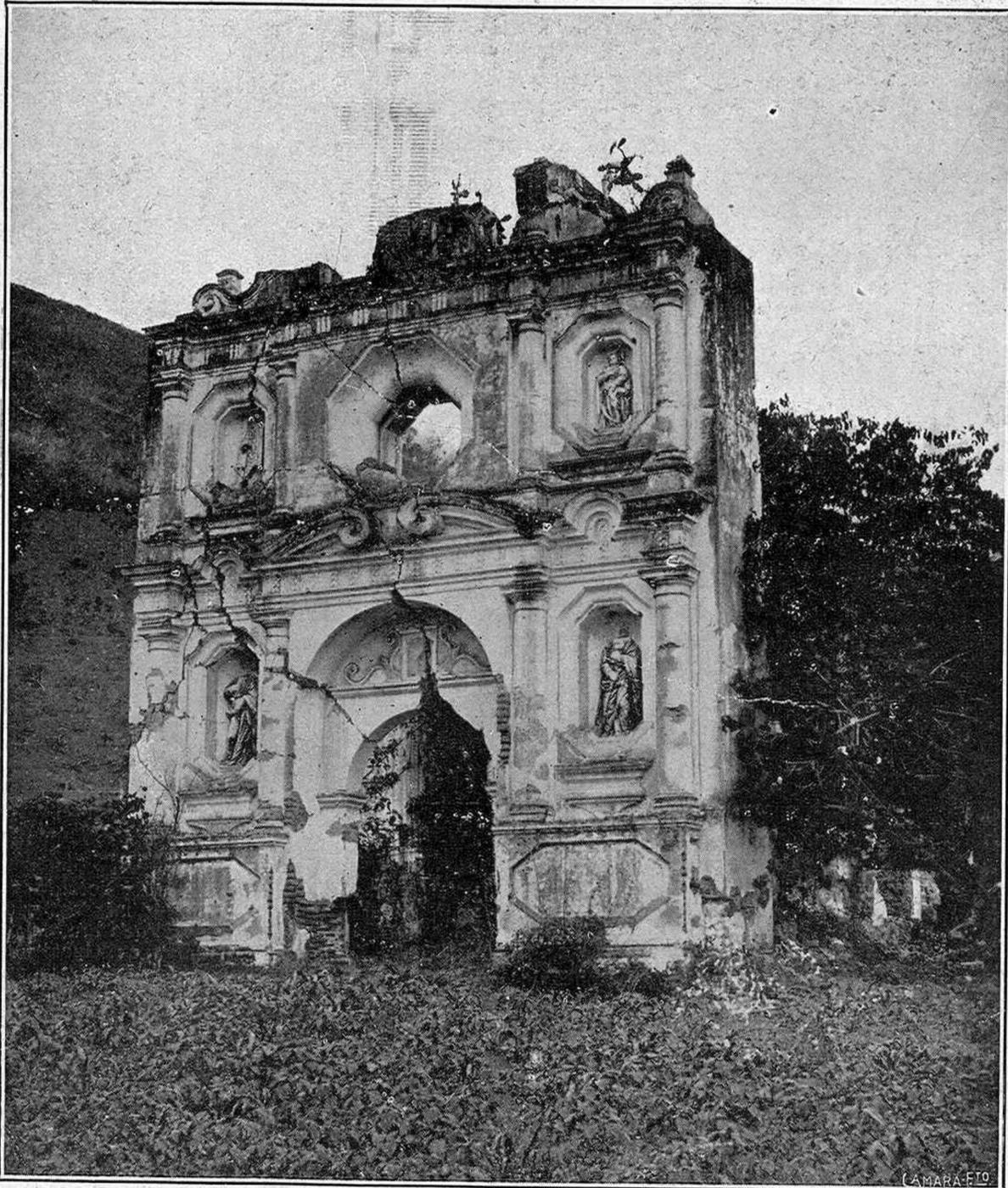
—Sí...

Encendemos una vela y nos miramos; á Escalón, que se acostó con los lentes puestos, los ojos parecen relucirle de un modo extraordinario. Todos estamos ligeramente acobardados, pero nos esforzamos en mostrarnos tranquilos. ¡Móstrarse tranquilo! Yo creo que el valor, en la mayoría de los casos, se circunscribe á eso. Nueva pausa. Apenas serenados, un segundo temblor, más fuerte que el precedente, raja en toda su longitud uno de los muros; es una grieta profunda, de trazado irregular, negra, amenazadora, en la blancura indecisa de la pared. Luego, nada; el silencio otra vez; el reposo enorme del campo, interrumpido por el clarínear con que los gallos ahuyentan el maleficio de la media noche.

A la una de la madrugada, y sin necesidad de que nos llamen, salimos al soportal, donde varios indios están enjaezando nuestras cabalgaduras. Don Federico desaparece unos momentos; le hemos visto encaminarse al campo, de donde regresa más amustiado y taciturno que se fué.

—¿Está usted peor?—le interrogamos.

—Sí—suspira—; permítanme ustedes que no les acompañe. Me voy á acostar.



Restos del convento de Los Dolores (antigua Guatemala)

Pensativo, y nuestras mulas atacan al trote una fatigosa cuesta. El mayoral, de pie en el pescante, las acucia con las riendas, la tralla y la voz. El crepúsculo es breve, que entre los árboles anochece pronto. En escaso tiempo hemos subido mucho; hace frío; y advertimos que, casi de repente, el espacio se ha cuajado de estrellas y de luces el valle: son los faroles de La Antigua, de Santa Lucía, de San Lucas, de San Bartolomé, de Mixco..., diseminados aquí y allá, por grupos, en la vastedad torva del campo, como archipiélagos de puntitos brillantes.

Son las siete de la tarde cuando llegamos á Santa María, y mientras devoramos una cena demasiado sencilla, tal vez, pero aderezada con la salsa de un apetito lobezno, una charanga absurda, formada por tres ó cuatro instrumentos de metal, toca allá fuera, y en honor nuestro, valeses de aquelarre. El comandante Valdés, á quien el general Barrios, gobernador de La An-

CAMARAFOTO



Una calle de la antigua Guatemala, con el "Sin Igual" al fondo

Con gran pena nos resignamos á dejarle y emprendemos la marcha hacia el volcán, cuya mole obscura se levanta, semejante al alcataz de un nigromante, en la noche estrellada. Delante camina el guía, á pie, con un machete desenvainado en la diestra; le seguimos Escalón y yo, á caballo, y después cuatro indios, también á pie, cargados con las municiones de boca; todos van descalzos, y cada cual lleva cruzado delante del pecho, y sostenido por la correa que sujeta la mochila, su machete desnudo, cuya hoja albea inquietante á la lívida penumbra astral.

Estas siluetas desconocidas y armadas, que oímos conversar en un dialecto intraducible, y la soledad en que estamos, vuelve á mi memoria la historia de aquellos alemanes mutilados bárbaramente en el Volcán de Fuego por unos brujos.

—¿Lleva usted armas?—le grito á Escalón en francés.

—No, señor—responde.

Yo tampoco voy armado; y esta circunstancia, que aumenta mi temor á ser asesinados, cuelga nuevas exquisiteces á la aventura.

El camino asciende en pendiente durísima, é inclinándose así á un lado como al opuesto. Es tan angosto, que á veces mide lo indispensable para que pase un caballo, y á nuestro lado, alucinante, el tajo del monte, la sima, por momentos más honda, más llena de procelosas atracciones, según vamos escapando de ella. No hay luna, lo que da al espacio una transparencia severa y profunda; á intervalos, un bólido, tal que un diamante, raya el maravilloso cristal celeste. A intervalos también, y por entre el bosque, cuyas ramas nos azotan la cara, vislumbramos estrellas que, mostrándose y ocultándose alternativamente entre la fronda, parecen luciérnagas. ¿Serán estos los ojos de aquellos tigres con que nos acabara la melodramática fantasía de D. Gabino?...

Al llegar á cierto paraje, más peligroso que los recorridos hasta allí, los indios encienden las antorchas de que iban provistos, y entonces, al claror de aquellas luminarias primitivas, aparece rotundo el extraordinario interés de sus ojos, grandes, negros, incurablemente tristes, en la humildad de los rostros cetrinos, escuálidos y hambrientos; hambrientos, sí, con un hambre de muchas generaciones; un hambre de piedad, de justicia y de pan..., porque no es la raza negra,

sino la india, la más desventurada del mundo. De cuando en cuando, para cerciorarse de que nadie quedó rezagado, el guía gritaba:

—¡Pachin-scho-valé!...

Que significa: «¿Dónde van?»

O también:

—¡lam-baley!...

Que equivale á la pregunta: «¿Vamos todos?»

Y, uno tras otro, nuestros acompañantes contestaban, rítmicos y musicales:

—¡lam-baley!...

—¡lam-baley!...

—¡lam-baley!...

—¡lam-baley!...

Al igual que la del guía, la voz del primer indio de la retaguardia, era alegre; la del segundo, sonaba triste y como fatigada; la del tercero, venía de muy lejos; la del último, resonando allá abajo, á más de veinte metros de profundidad, nos daba una noción admirable de la considerable altura á que estábamos.

Son las tres de la madrugada cuando hacemos alto para encender fuego y calentar un poco de café. Mojados de rocío los hierbajos y las ramas que han de nutrir la hoguera, arden mal, pero prenden al fin, y en la doble tiniebla de la noche y del bosque, la fogata rojea cual la boca de un dios bienhechor y risueño. Ya recobrados, reanudamos la marcha; esta vez las antorchas resinosas flamean entre espirales de negro humo, y á su reflejo sanguinario los semblantes parecen más exangües y más siniestros los machetes.

—¡lam-baley!...—grita, á intervalos, el guía.

Y esta palabra, repetida una vez, otra... otra... otra... rueda, como una piedra, monte abajo.

Inesperadamente, prodúcese á nuestro alrededor una ficción óptica superior á toda fantasía y descripción: las nubes han tejido delante de nosotros una especie de océano semiazulado, semilechoso, que la carencia completa de viento deja en absoluta y fascinante inmovilidad. Y de este mar quimérico, á lo lejos, las cumbres de las montañas que circundan al «Sin Igual» y son más bajas que él, emergen como islas. ¡Oh, qué rara belleza alucinante la de este panorama!... Arriba, el cielo límpido, aljofarado de estrellas; abajo, el piélago de nubes quietas, impregnadas de claror astral, y entre ambos abismos, las cimas, que componen islotes, ó archipiélagos ó playas vagarosas, playas de pesadi-

lla. ¿Dónde, á no ser en las ilustraciones que Doré, el loco, hizo para *El Infierno*, del Dante, vieron ojos humanos aquellas riberas negras, muertas, sembradas de pinos?... Y para que nada faltase al hechizo y estética soberanía del cuadro, el resplandor de las luces de La Antigua, iluminando por debajo y flojamente las nubes, producían un maravilloso «efecto de luna». El espacio convertido en un mar sin oleaje y sin ruido; el volcán convertido en una playa. Mis ideas se nublaban; sentí deseos de lanzarme de cabeza al abismo. Comparado con este cuadro maravilloso, ¿qué podía valer, más tarde, la belleza vulgarísima del amanecer?...

Eran las siete de la mañana cuando conquistamos la cumbre; allí almorzamos, y á la una de la tarde regresamos á Santa María.

Don Federico, notablemente mejorado, nos abrazó fraternal; sin duda pensó, cuando nos despedimos de él doce horas antes, que no había de volver á vernos. Don Federico nos miraba, nos palpaba y nos molía á preguntas.

—Pero ¿de verdad llegaron ustedes al cráter?—repetía.

—Sí, D. Federico; hasta el mismísimo cráter; y cerciórese por sus propias manos de que no nos falta ningún hueso.

—¿Y es cierto, según dicen, que es grande como la Plaza de Armas, de Guatemala?

—No, señor; el cráter del «Sin Igual» es una especie de agujero que no medirá más de veinticinco metros de diámetro.

Poco á poco, mientras almorzábamos, Escalón y yo fuimos convenciéndole de que los guías nos condujeron muy bien, de que los caballos eran buenos, de que no sentimos el «mal de las montañas», y, de consiguiente, que no hubimos necesidad de recurrir á las tabletas de aspirina ni á las perlas de éter; y, finalmente, que no vimos nieve, ni indios brujos, ni tigres...

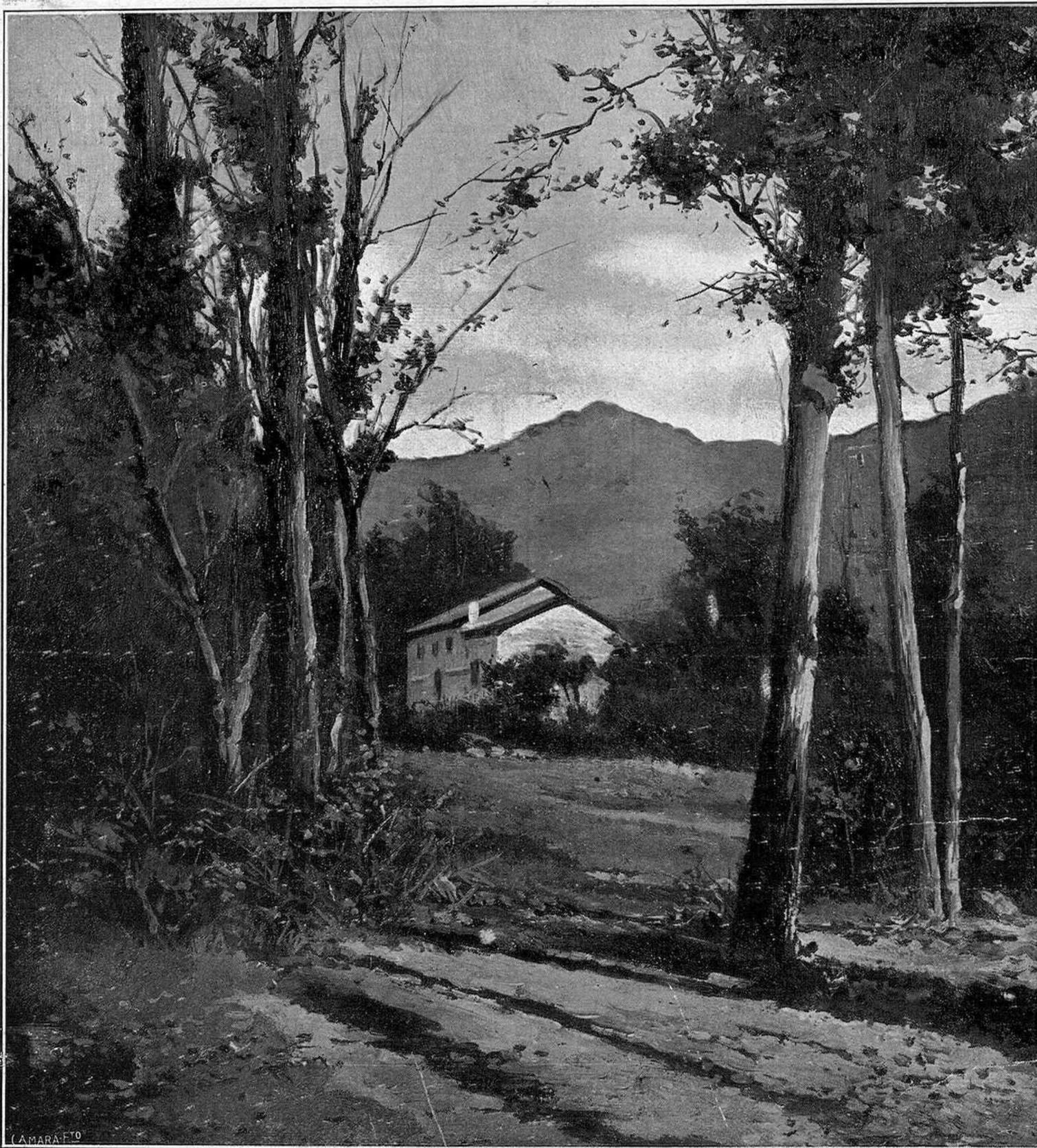
Escalón y yo levantamos, para brindar, nuestras copas de vino, satisfechos de nuestra entereza. En verdad que para subir al «Sin Igual» necesitamos valor. Mejor dicho: lo necesitamos —y en grado temerario—, no para subir, precisamente, sino para desoir á cuantos, cándidamente, nos aconsejaban que no subiésemos.

EDUARDO ZAMACOIS

Guatemala, Diciembre 1917.



HOJAS CAÍDAS



(A. MARA F. TO)

*Ya lentamente Octubre
desnuda el árbol y tapiza el suelo;
ya se agranda el pedazo azul de cielo
que desde mi ventana se descubre.*

*Ya el sol, que apenas penetrar podía
por la intrincada urdimbre de las hojas,
inunda mi aposento de alegría,
cuando entre nubes cárdenas y rojas
su gloria ostenta al declinar el día.*

*Ya el rayo oblicuo que, al morir, me envía
desde el ocaso, que se incendia en llamas,
pasa al través del árbol y la reja,
y hace que sobre el muro se entreteja
la sombra de los hierros y las ramas.*

□□□

*¡Bendito sol de Otoño! Se dijera
que mientras, soterrada, la semilla
á hacerse tallo por gozarle espera,
solamente, con tibia y placentera
lumbre de hogar, para los hombres brilla.*

*Yo admiro al sol, cuando en el mes de Mayo
sabe teñir y matizar las flores
con los siete colores*

*que encierra en la blancura de su rayo;
y temo su rigor cuando en Estío
quema y desgrana la reseca espiga;
y hace, al menguar, cual su frescor, su brío,
que si la sed los busca ó la fatiga,
se agoste el césped y se enturbie el río.*

*Mas hoy amo su lumbre bienhechora,
y en su indulgente placidez confío,
y en su esplendor me anego, pues ahora
mientras convierte su opresión tirana
en celo paternal, porque bendiga
su amor divino y su piedad humana,
á retirar los ojos no me obliga
ni á correr la persiana,
que, al llegar á mi frente ó mi ventana,
su luz modera y su calor mitiga.*

□□□

*Por eso, cuando el árbol corpulento
de sus marchitas galas se despoja,*

*me regocijo al ver que en mi aposento
entra un rayo de sol por cada hoja
seca é inútil que arrebató el viento.*

*Y mientras el espíritu se siente
á la vez penetrado é invadido
por la paz y la calma del ambiente,
al disfrutar del bienestar presente,
se esfuma lo pasado en el olvido.*

*Y advierto que las hojas que han caído,
dejando paso al sol, me han enseñado
la renuncia total del bien perdido
y el pleno goce del placer logrado;
pues libre ya del angustioso anhelo
que hizo el llanto correr por mis mejillas,
resignado y prudente me consuelo
al ver que son las hojas amarillas
más tristes en la rama que en el suelo.*

Manuel DE SANDOVAL

DIBUJO DE VE'DUGO LANDI



CUADRO DE A. LOBOS

UN PINTOR CHILENO

ALFREDO LOBOS

MELANCÓLICA historia la de este peregrino del ideal y del arte que vino a morir en la tierra prometida de sus sueños!

Murió el artista repentinamente cuando preparaba la Exposición de sus paisajes españoles en el saloncito del Ateneo. La Legación de su país, asesorada por Fernando Alvarez de Sotomayor, continuó los trabajos de organización, iniciados por el malogrado pintor.

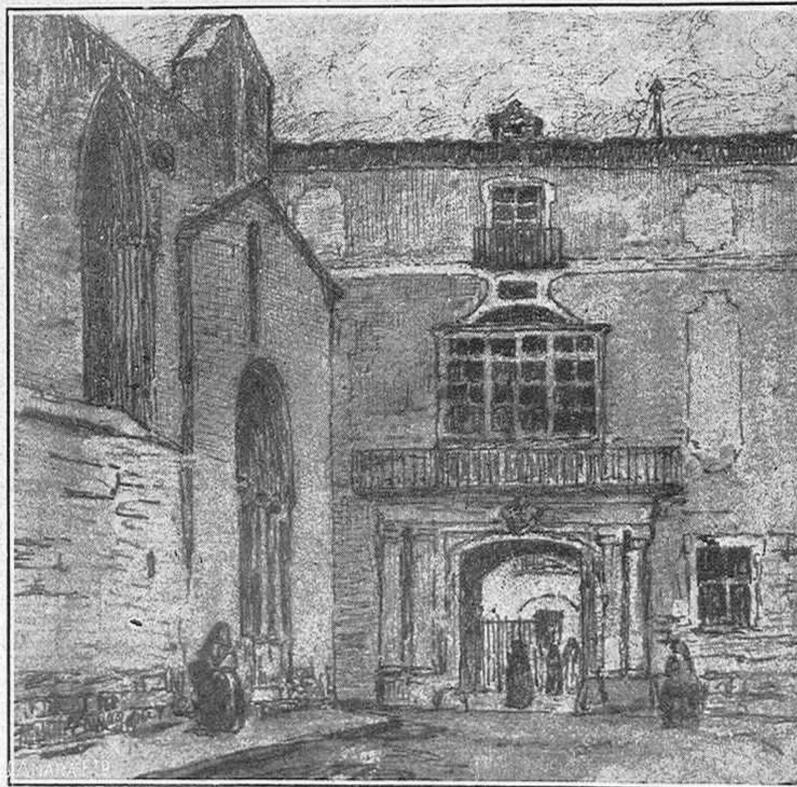
Inútilmente procuraron el amparo oficial y el calor de unos cuantos amigos darle a esta Exposición la ternura envolvente que el pintor mismo la hubiera dado.

Todas esas pequeñas y dulces inquietudes que cercan el hecho de exponer unos cuadros, le han sido negadas al elegido de los dioses por su óbito prematuro.

Seleccionar las obras, elegir las molduras, cuidar del catálogo, ir colgando los lienzos como un poeta ordena sus palabras, escribir las tarjetas que habrán de atraer el mundo heteróclito de los críticos, y los prohombres oficiales, y las damitas gentiles, y los compradores tan esperados, y tan sorprendentes sin embargo.

Luego el gozoso aturdimiento de los elogios incensados en torno del artista, la búsqueda cotidiana en los periódicos del artículo prometido, el gozoso instante de recoger de manos del comprador la tarjeta que pregonaba una adquisición.

Nada de esto le ha sido concedido al mi-



"El Palacio del Obispo, de Barcelona"
DIBUJO DE A. LOBOS

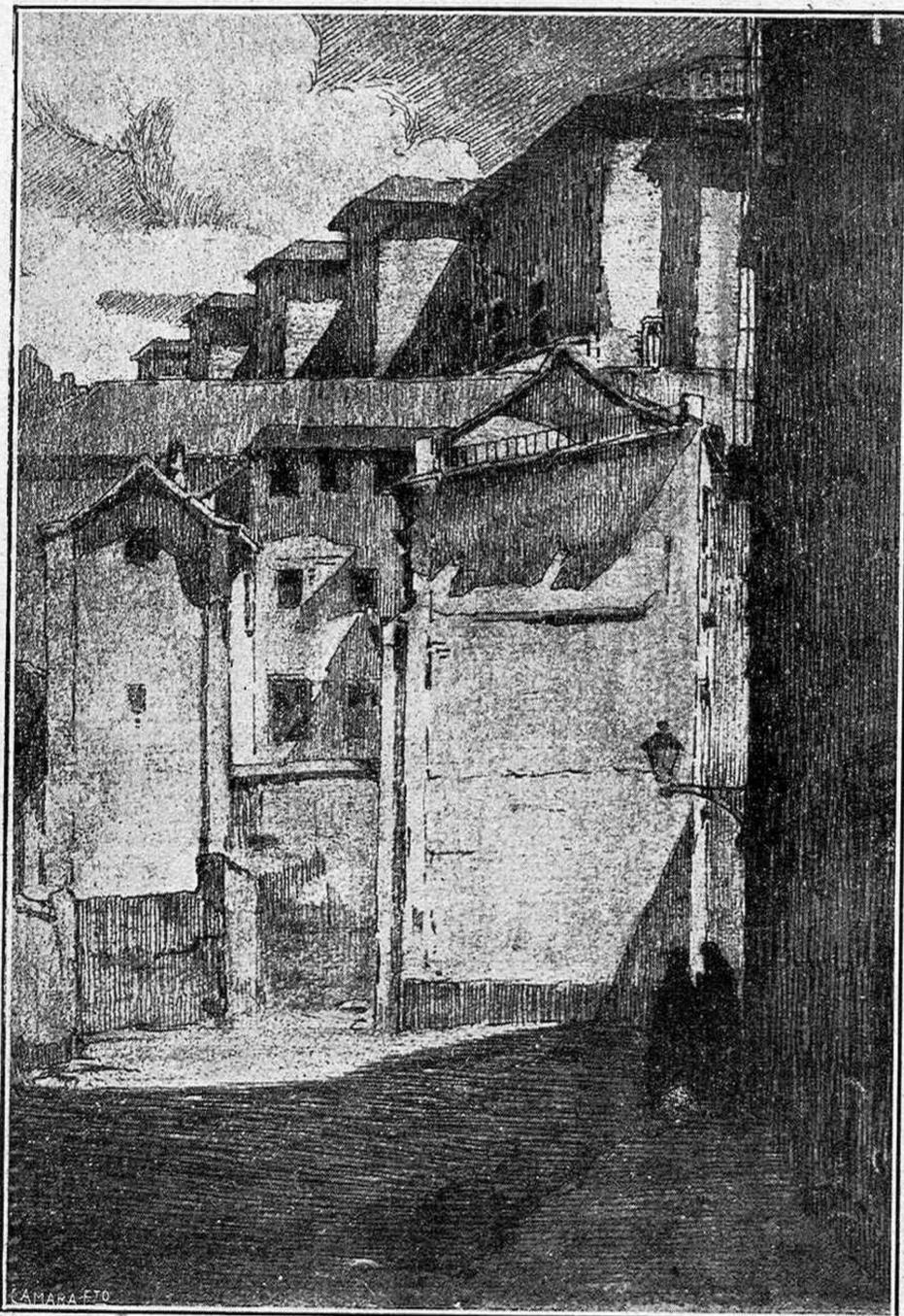
sero Alfredo Lobos. Inútilmente buscaba el habitual de las exposiciones esa silueta del artista que sonríe fatigado entre sus amigos, llevándose de cuando en cuando las manos a las caderas para reprimir el dolor de tantas horas en pie y mirando a la puertecilla de entrada pidiéndole los rostros conocidos del crítico, de la mujer amada, del comprador posible. ¡Oh! Este sobre todo.

Nunca nos pareció tan lóbrega esta salita reducida del Ateneo donde el aire se enrarece y la luz se amortigua. Jamás nos recordó de un modo tan angustioso el descenso a ella la idea de bajar a un panteón, cuando bajamos en una tarde clara de Abril para contemplar las obras de un artista muerto...

□□□

Alfredo Lobos llenó de entusiasta trabajo su vida breve y humilde. Primero, bajo la orientación y enseñanza de Fernando Alvarez de Sotomayor, cuando este ilustre artista dirigía la Academia de Bellas Artes de Santiago; y luego, entregado a su certero instinto y su creciente ansiedad de belleza, Alfredo Lobos fué formándose una personalidad que ya comenzaba a definirse.

Hizo una Exposición en Chile. Vendió algunas obras, y con el importe de ellas vino a España. Poco más de año y medio viajó por Andalucía y por Castilla. Era uno de tantos artistas errantes que interrogan los campos y las ciudades, aislados de sus contemporáneos. Un alma de poeta le cantaba



"Nocturno en el Albaicín"



"San Cristóbal (Granada)"

dentro del cuerpo ya sentenciado á la muerte próxima.

Y fatalmente, reunidas y elegidas ya las obras, cercano el instante de mostrarlas, llama á su puerta la Esqueletada antes que los críticos.

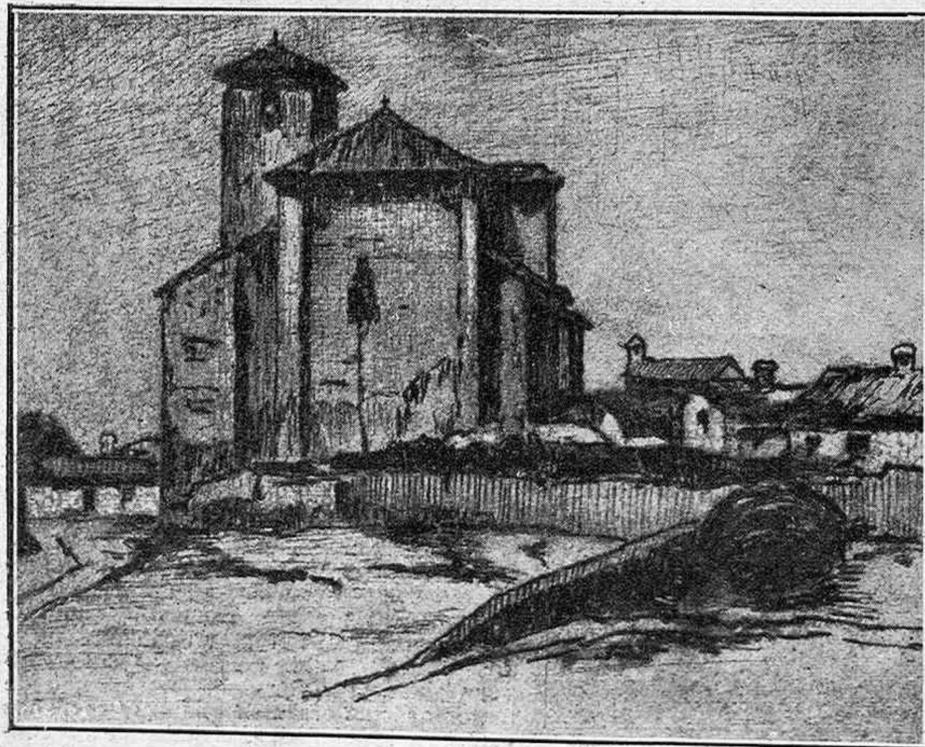
Vemos, por lo tanto, con cierta piedad estos lienzos del paisajista chileno. Son rincones característicos de pueblos andaluces, campiñas tostadas por un sol ígneo, callejas románticas sumergidas en lunares claros. Lo de menos son los sitios elegidos; lo importante es la radiación fervorosa de su pintu-

ra. Hecho á los esplendores lumínicos de América, prefería las notas cálidas, apasionadas, de vibrantes rutilancias. Son los cuadros concebidos en esta exaltadora orientación, tal vez los mejores. Sugieren un concepto sano, robusto de la vida.

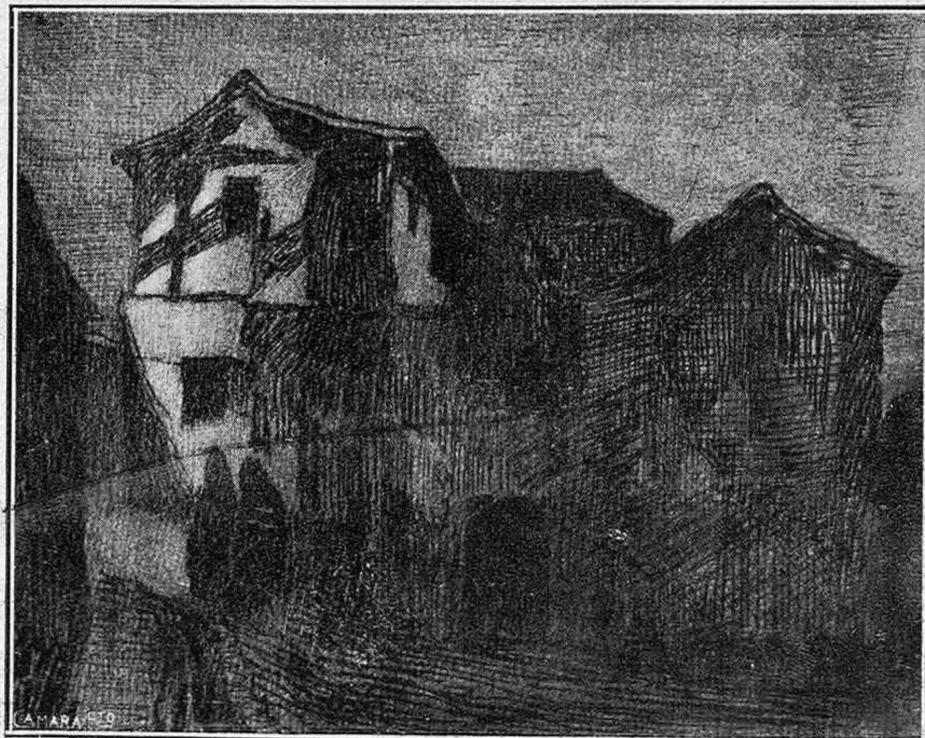
Y, no obstante, en los dibujos de lugares íntimos, apaciguados, adormecidos con penumbras, con casas viejas que se arruinan en la soledad y el silencio, hallamos otra faceta no menos interesante del arte de Alfredo Lobos. una sentimentalidad tierna y mística, un íntimo deseo de refugiar en la calma de

la Naturaleza las zozobras y llagas de su espíritu... Pero el más noble y alto valor de estos lienzos, de estos dibujos del malogrado pintor chileno, estaba, para nosotros los españoles, en la fervorosa ofrenda que significaban de una peregrinación desde el otro lado de los mares hasta la madre España.

Alfredo Lobos no llevó su inquietud artística, su sed de ideal, como tantos otros artistas sudamericanos, hacia París. Eran los diversos espectáculos, las innumerables bellezas de la vieja Península ibérica, los que imantaron sus pupilas y su corazón.



"Carrera del Darro"



"Una calle del Albaicín"

DIBUJOS DE ALFREDO LOBOS

EL ALMA VASCA

SALINAS, LA HUNDIDA □ EL HOGAR DEL CASERO □ MUERTE SIN DOLOR

Después de pasar largos meses en Madrid, en la brillante monotonía de las costumbres cortesanas, nada tan grato, ni tan saludable para el alma y el cuerpo, como ir á las aldeas, donde la Naturaleza mantiene sus derechos y donde el hombre es hombre aún. Yo he escogido para estos viajes las tierras alavesas, ya las de la extensa llanura, en cuyo centro se alza Vitoria, ya las montañas en que Guipúzcoa, Vizcaya y Alava se funden. Otras veces he estampado en esta Revista las impresiones de mi expedición; y ahora me propongo iniciar una serie de cuadros, que irán publicándose según el tiempo lo permita y según lo consienta la bondad del ilustre director de «Prensa Gráfica». En lo pasado, en lo presente y en lo que ha de venir, sirven de tema á mis páginas las bellísimas fotografías de Guinea, el artista de Vitoria, que anda siempre con su máquina de aquí para allá sorprendiendo la escena, descubriendo rincones del paisaje y poniendo, en fin, en circulación bellezas que permanecerían ignotas si no hubiera quien las ofreciese á la contemplación de los innumerables lectores de estas hojas, en las que resplandece el arte.

Tomáis en la estación vitoriana el tren anglovasco, y, después de rodar una hora, llegáis á Salinas de Leniz. El caserío, de que aquí se ofrece una muestra, yace en lo profundo de un abismo. Desde la línea férrea, que ya llega á Durango y pronto empalmará con rieles que conducen á Bilbao, Salinas aparece en la hondanada como si se hubiera caído, como si un capricho de la Naturaleza hubiera tomado con sus manos poderosas la vieja villa y la hubiera transportado á lo profundo, para esconderla de enemigos ó para que no le llegaran las codicias del conde de Oñate y de D. Iñigo de Guevara, que pleiteaban por los salobres que dieron nombre al caserío. Cercan la villa las ermitas ruinosas de Santa Columba, San Martín de Surtiza y Nuestra Señora del Castillo, y en el recinto se mezclan sangres de dos razas, que en vano intentan fundir los que desconocen la historia ó interesadamente la falsean. ¿No es verdad que en este grabado se descubre un ambiente de magna poesía?... Las montañas suben, crecen, trepan las unas sobre las otras. Y parecen decirle al humano: «Sube sobre tus codicias, vuela sobre tus miserias, que en lo alto, en lo más alto, se halla la senda de la luz inmortal.» Sigamos el viaje. ¿Cómo? ¿Por qué itinerarios?... Nada importa eso. Si nos sentimos fatigados, nos será dable descansar en un caserío, donde la noble hospitalidad antigua pone los aromas de santo perfume, el de los campos bravíos y el de los limpios corazones... Estamos en los términos de Berritz, en tierra de Vizcaya. Y allí sorprendemos la rediviva escena helénica de Filemón y Baucis. Los viejos esposos aldeanos hablan de su hogar, de sus hijos y de sus nietos, de sus campos y de su ganado. Sublime casita. La parra y el lúpulo bordean balcón y ventanales. Los decrepitos están junto á la carreta, que, guiada por ellos, recorrió, cargada de los frutos de sus afanes, leguas y leguas, arrastrando el esfuerzo de las generaciones. Tosca, rota ya, recompuesta mil veces, parece un portátil altar en el que se rindió culto perenne á la familia. Fuése la anciana y acude la hija. Ella sonríe al padre, ella le anima en el quebranto de las luchas y en los dolores de la longevidad... ¡Cuánto de amores, cuánto de esperanzas!... Si mañana llegara la Muerte mientras los caseros de Berritz dormitan, y la Señora del Todo y de la Nada anduviese furtiva en torno de la casa, como la *Intrusa* del melancólico poema de Maeterlink. No hay que llorar. No hay que estremecerse. Dediquemos en ese instante un homenaje al santo labriego y veamos que en él se ha cumplido la ley de Naturaleza. Sólo el protervo se enfurece ante los altos designios. ¿Hemos de ser eternos?... Entonces la casita de Berritz se trocaría en el alcázar de las vanidades, y no fué erigida para ser más que el misero albergue de una familia que jamás dió ni dará trabajo á la Historia. La carreta de ruedas macizas, de trocarse en símbolo de la eternidad vencedora, volaría como carro de fuego, sembrando el miedo entre las multitudes.

Es necesario, es conveniente que muramos, y que de nuestro existir no quede sino la ingratitude de los viles y las lágrimas de los reconocidos. Por eso sobre el primitivo artefacto flotan sombras angélicas. No es posible que ellas impresionen las placas químicas, mas se las adivina, se las contempla, se las divisa cerrando los ojos. Pero en estas comarcas, en que la Humanidad mora en constante concordia con el Hacedor, la muerte no espanta... Tranquilamente caminaba el viejo por los campos con su azada sobre el hombro. La luna surgía entre nubes. La lontana vibración de la campana parroquial anunciaba las postreras oraciones del día canónico. Y de entre la sombra de la arboleda saltó una forma blanca. El aldeano se detuvo y dijo: «Sé quién eres. Te esperaba. Esta mañana sentí, al comenzar mi labor, una punzada en el corazón. Fué el anuncio de tu venida. Por eso en todo el día, más que trabajar, he rezado á la Virgen de Estivariz, para que ella me granjee el perdón del Señor... ¿Quieres que aquí mismo me arrodille y te ofrezca mi cuello para que le sigues?... Di lo que he de hacer, Señora Muerte...»



Caserío de Berritz

La chata de faz de hueso puso su mano en el hombro del moribundo, y exclamó: «En otras partes me temen. Aquí, me esperan. Suelo ser una sorpresa. Para vosotros soy la confirmación de un vaticinio que diariamente suena en las conciencias y pone la prez en vuestros labios... Anda á tu casa, despídete de tu mujer y de tus hijos y nietos. Llama al cura, apaña tu conciencia, haz el equipaje de virtudes y espérame allá...»

Ya sabía el labriego cuanto le importaba. Se dispuso al viaje sin fin y sin retorno con regocijo, sintiendo la impaciencia de la emigración que se le imponía.

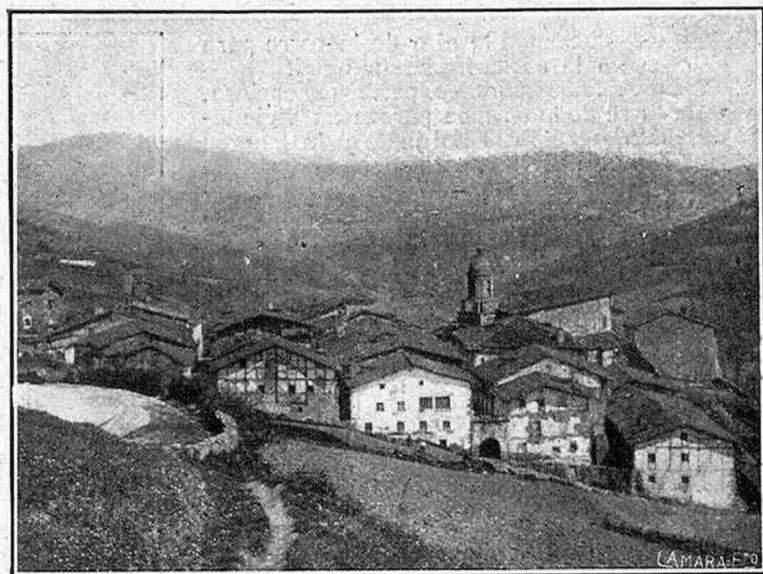
Y todo lo dispuso como prudente expedicionario. Se cubrió con el traje de los peregrinos... Vistió de limpio el alma...

Cuando el cadáver quedó rígido sobre el paño mortuorio, acudieron los vecinos, los otros caseros, de muchas leguas á la redonda, para asistir á los funerales y acompañar al cementerio lo que restaba del recio luchador. La costumbre ordena que en esa ocasión se reparta á los concurrentes el pan y el vino. No es sólo esto un acto de caridad para los pobres. Es la prenda póstuma de la fraternidad humana. El muerto abre su mano, quebrando la crispatura de los dedos helados, para derramar su amor sobre los supervivientes. El los regala el taco de otana, esto es, de hogaza; él los escancia en el vidrio el rojo licor confortante... El pone en los ánimos de los que han de arrojarle á la fosa el brío y el júbilo... «No lloréis—parece decirles—; mirad que voy contento... Y vosotros, aguardad sin miedo la hora...»

La escena, sorprendida en Crispijana (Alava), es el poema de la muerte tranquila. Tránsito sin iras, pasó esperado, fin previsto.

No sé que jamás el numen poético haya dado con fórmula más elevada de la dignidad del sér humano, que se rinde en su partir al inevitable tributo de la nada... Así, los viejos vascos dan á sus funerales cierta apariencia bautismal, rodeando su ataúd de regocijo, en el banquete austero y puro del pan de Dios y de la libación cristiana.

J. ORTEGA MUNILLA



Salinas de Leniz, en los confines de Alava y Guipúzcoa



El pan y el vino de los funerales, en Crispijana (Alava)

LOS RÍOS DE ESPAÑA ELOGIO AL DUERO

SUBAMOS, subamos á lo alto de la torre para ver mejor la ancha franja del agua!

La ciudad zamorense, parda y silenciosa, desde la torre de la basilica parece un viejo tapiz desvaído, tendido al sol junto á la margen del río. También es viejo este sol castellano que pone una pátina de oxidado oropel sobre la piedra secular de la ciudad, sobre el cansado verdor de los prados y sobre la llanura ocre de los barbechos.

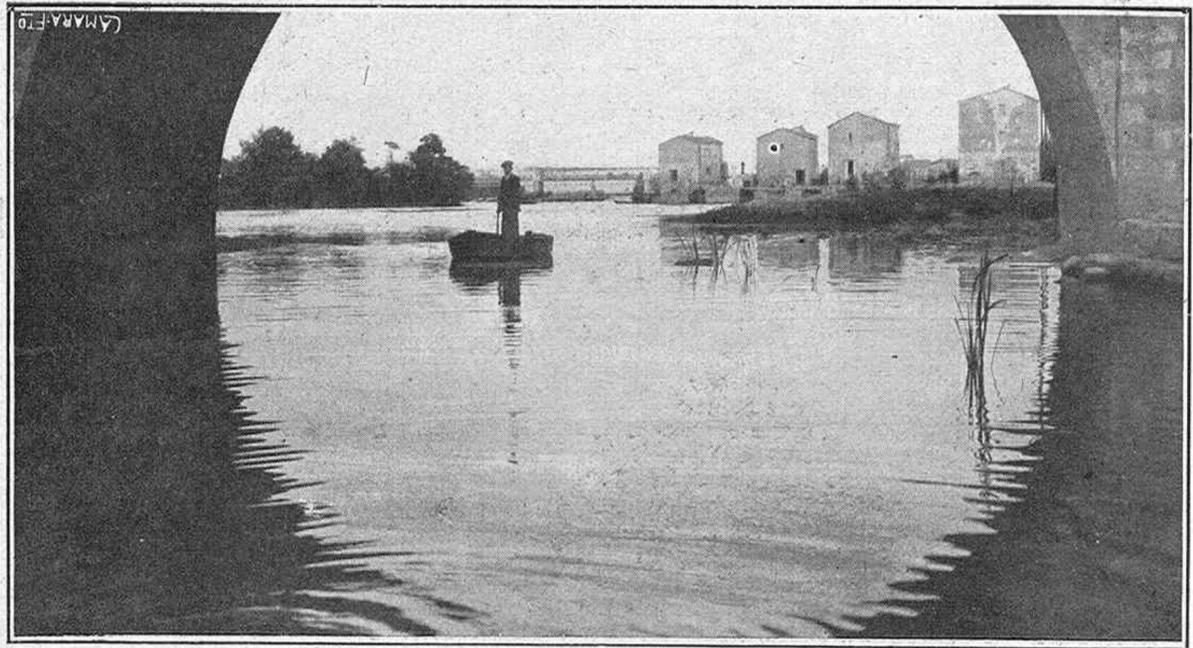
Sólo se rejuvenece y brilla en el río. Al influjo de su luz la opulenta franja acuática parece una torrentera de cobre fundido.

Consciente de su fortaleza viene desde la falda del Pico de Urbión con esa brava mansedumbre propia de todo lo grande y lo poderoso. Pero es blando el fragor de sus aguas; monótono y arrullador el curso de su corriente.

Al llegar á las islas, crecidas de espadañas, de almendros y de negrillos, lame suavemente sus orillas arenosas y excita el divino canto de los ruiseñores que allí tienen su refugio. Únicamente se encorajina un poco al herirse los pechos en los tajamares de la puente monumental.

Entonces se arremolina bajo los arcos, los embiste un momento y sigue adelante, dejando amplios jirones de encaje espumoso.

En las bases de esos arcos tienen sus criade-



El Duero, visto por uno de los ojos del puente de piedra



El Duero, desde la torre de la catedral

sus aguas á los valientes que decidieron la unidad de España.

En la hora poniente, sus linfas copian las femeninas líneas orientales de la cúpula bizantina con que la catedral se engalana, como en la inmortal Bizancio copia el Bósforo las de su hermana gemela elevada en Santa Sofia.

Veámosle pasar con el respeto religioso de lo que es venero de vida. La líquida y ondulante masa se estrecha á lo lejos; se estrecha de una manera tan inverosímil, que en *el Salto del Ladrón* las piernas humanas pueden poner un arco sobre él...

Y es que el río nos da su adiós postrero. Cuando vuelve á aparecer entre las nieblas del Noroeste ya ha pasado la frontera, ya pertenece á la vecina república lusitana; pero antes, ¿no lo adivináis?, lo que tan inverosímilmente pierde en anchura, lo gana en profundidad, en una inmensa profundidad rocosa...

Y es que antes de ir á morir al mar por la tierra portuguesa, al pasar por las montuosidades que ampararon las bravas correrías del héroe regional vencedor de la invasora Roma, se agarra y se agarra al suelo español queriendo morir en la propia tierra donde surgió á la luz solar.

JULIO HOYOS

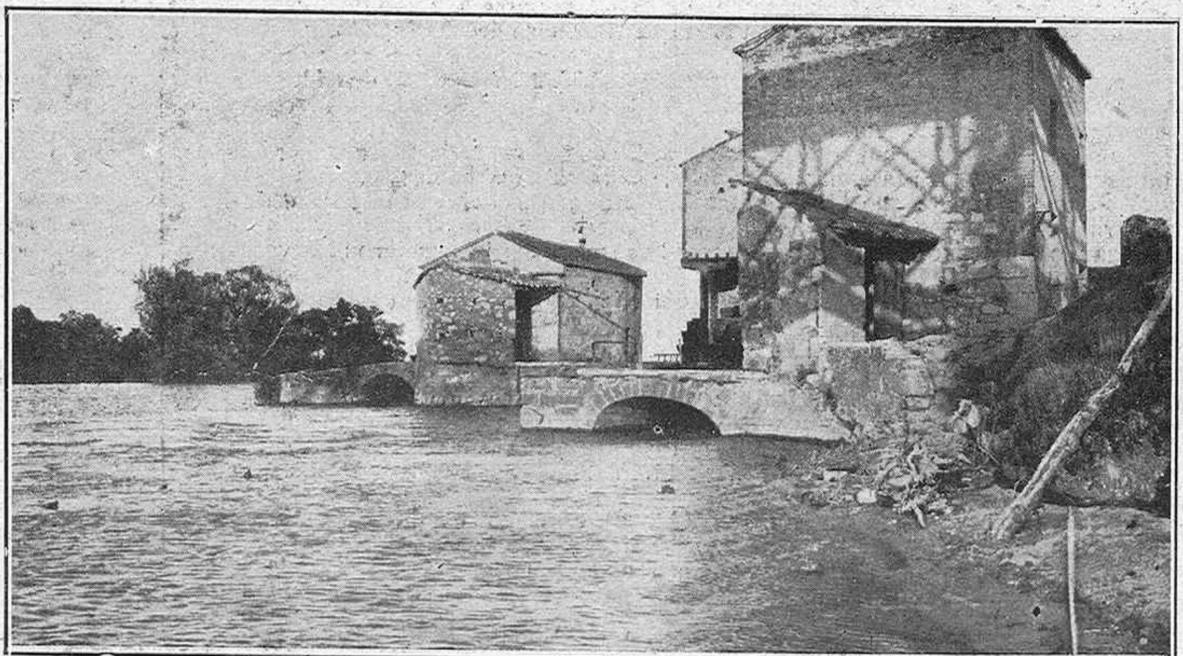
ros los peces que, encabritados por el jugueteo de los remolinos, á estas horas de espléndido sol saltan por la superficie, como lingotes bruñidos, despedidos de la propia masa metálica en que parece convertida el agua.

Su ancha vena lleva un generoso tesoro que el agricultor deja pasar indiferente, y la *tierra del pan* y la *tierra del vino*, que se extienden á uno y otro lado de sus riberas, á merced están de las aguas pluviales.

Sólo las aceñas aprovechan su empuje, como fuerza motriz, para moler el grano y se las ve avanzar de través sobre el río, al amparo de las azudas que cortan las aguas formando el brazo pujante que hace girar la inmensa muela granítica.

Desde esta eminente atalaya que nos presta la torre catedralicia se ve el majestuoso río en todo su esplendor. La ciudad es una masa gris sin forma, hirsuta de espadañas por donde asoman sus mirriñaques de bronce las campanas; el campo inmenso es como la palma de una mano ciclópea; de su amarillenta rigidez se destacan las venas blancas de las carreteras y los atajos... Y el río vibrante, refulgente, rumoroso, corta esta tierra incolora é impassible con una sangría de vida pujante...

Es el Duero, el que presenció los hechos más gloriosos de nuestra historia; el que sostuvo en



Molino en el Duero

FOTS. DE CORTI

SIROLINE "ROCHE"

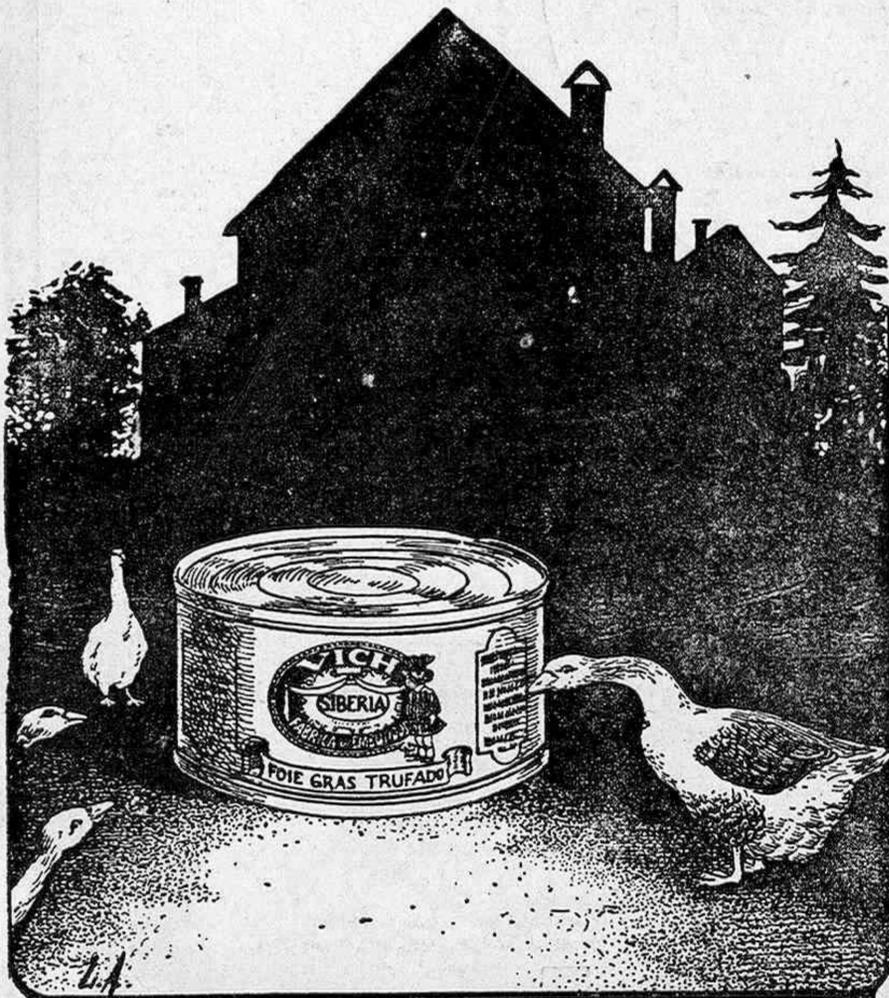
El frasco *fcos* 4.

Pídase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la SIROLINE preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: *Catarros, Tos rebelde, Gripe, etc*

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prevenir que curar.
2. Los niños escrotulosos, a los que mejora muchísimo el estado general.
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.



Contrarrestan la carestía de las subsistencias los alimentos concentrados, como el **FOIE GRAS SIBERIA**

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

MOTOCICLETAS de 2 1/4, 4, 5 y 7 HP.

Indian

AUTOMÓVIL SALON

BARCELONA: Trafalgar, 52 MADRID: Lagasca, 103 VALENCIA: Paz, 33

VIGOR

SALUD

rápidamente

obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

**QUINA, CARNE
LACTO-FOSFATO de CAL**

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12 Camisas, Guantes, Pañuelos, Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.



ARTURO VENTURA
GRAN PELETERÍA

1.ª Casa en modelos

CARMEN, 29, pral.-Teléf.º M-3.607.- Madrid

Suscríbese á

EL SOL

Lea usted

EL SOL

Suscríbese á

EL SOL

en combinación con su Biblioteca, que ha publicado ya los siguientes volúmenes:

- I. «Carmen», por Próspero Merimée.
 - II. «Viajes y recuerdos», por Vicente Vera.
 - III. «El eterno marido», por Dostoievsky.
 - IV. «Postfigaro» (artículos inéditos de Mariano José de Larra, primera serie).
 - V. «La monja alférez», por Catalina de Erauso.
- Volumen sexto, último que se ha repartido á los señores suscriptores:

Stepanchikovo, por Dostoievsky.
(Traducción de R. Baeza)

EN PREPARACIÓN:

- «Postfigaro» (segunda serie de artículos inéditos y no coleccionados, de Mariano José de Larra).
«Rojo y negro», por Sthendal.

Todos estos tomos pueden adquirirse también en todas las librerías, al precio de 1,50 pesetas ejemplar.

Sección de colocaciones de

EL SOL

CONVIENE: A los que solicitan trabajo. A los que necesitan empleados ú obreros.

¡Acudid á la Sección de colocaciones de EL SOL, Príncipe, 2, Madrid, y leed diariamente en EL SOL las operaciones que realiza!

EL SOL

Redacción, Administración y Talleres: Larra, 8. Teléfonos: J. 44, J. 517 y J. 518.—Sucursales: Madrid, Príncipe, 2. Teléfono M. 2.156.—Puerta del Sol, 6, librería de San Martín.—Barcelona: Rambla de Canaletas, 9.—Oviedo (para toda Asturias): Pilares, 12, edificio Ojanguren.

EL SOL